

DOCUMENTO DE CONSULTA DE LA OFICINA DE ASESORES DE POLÍTICA EUROPEA (OAPE)

LA REALIDAD SOCIAL DE EUROPA (*)

Por Roger Liddle

NOTA SOBRE LAS FUENTES Y LA UTILIZACIÓN DE LOS DATOS

El presente documento, necesariamente, dada su naturaleza, cubre una vasta gama de temas sociales. Los datos que utiliza se extraen en su mayoría de los análisis estándar de la Comisión Europea y de la OCDE: publicaciones anuales de la DG Empleo y Asuntos Sociales, como el informe «La situación social en Europa», el informe «El empleo en Europa», el informe «Las relaciones laborales en Europa» y los informes conjuntos del Consejo y de la Comisión sobre la inclusión social; los análisis de la DG ECFIN de temas sociales como el impacto del envejecimiento en los gastos públicos; los informes de la DG Educación y Cultura sobre resultados comparativos en materia de enseñanza; los estudios de la DG SANCO sobre temas sanitarios; las encuestas del Eurobarómetro y los estudios de la OCDE como «Panorama de la sociedad», «Panorama de la salud» y «Panorama de las pensiones». Hemos intentado en la medida de lo posible comprobar la utilización de estas fuentes estándar en la Comisión. Se incluyen referencias solamente cuando el documento se remite a estudios de académicos, laboratorios de ideas o institutos particulares establecidos en los Estados miembros.

Dada la amplitud del tema, y el propósito de estimular el debate y la discusión, el documento no puede efectuar un análisis completo. Tiene forzosamente que haber cierta generalización. Mientras que las limitaciones de espacio impiden una descripción exacta de la situación en cada Estado miembro, las medias de la UE disfrazan la realidad social de la diversidad de Europa: por ello el documento selecciona Estados miembros particulares, no porque su posición sea necesariamente excepcional o incluso menos abierta a las críticas, sino para resaltar los hechos que la Oficina de Asesores de Política Europea (OAPE) cree resultarán interesantes para el lector.

La Oficina de Asesores de Política Europea (OAPE) es una Dirección General de la Comisión Europea cuya misión es suministrar asesoramiento oportuno y fundamen-

(*) Se agradecen la asistencia y los comentarios de TASSOS BELESSIOTIS, MARCEL CANOY, MARIA DA GRAÇA CARVALHO, JONAS CONDOMINES, VITOR GASPAS, AGNÈS HUBERT, FRÉDÉRIC LERAI, ANNA MELICH y PETER SMITH. En el presente Informe se expresan las opiniones personales del autor, que no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Comisión Europea.

tado sobre estrategias y sobre política al Presidente y a los servicios de la Comisión en relación con temas relevantes para el programa del Presidente y el futuro de las políticas de la Unión. La OAPE tiene por objetivo realizar investigaciones y análisis de políticas de alto nivel profesional, contribuyendo a la comunicación efectiva, no sólo dentro de la Comisión y de las instituciones de la UE, sino también con las academias, los mercados y el público en general. Su trabajo se centra en la fase temprana (estratégica) del ciclo de políticas, contribuyendo de este modo a definir las opciones estratégicas a medio y largo plazo.

INTRODUCCIÓN

¿Cómo puede promoverse el bienestar social de todos los ciudadanos de Europa en un mundo en globalización?

Esta pregunta debe ocupar una posición fundamental en cualquier actividad de la UE y sus Estados miembros. Imperativos de la actuación pública, como «Crecimiento y empleo», la Estrategia de Lisboa y el impulso hacia una mayor competitividad no son fines en sí mismos, sino medios para alcanzar un fin: el bienestar de los ciudadanos europeos. Puede que los ciudadanos no posean una definición exacta de lo que entienden por bienestar, pero todos aceptan que el concepto general de bienestar va más allá del nivel de vida material conseguido en conjunto por nuestras sociedades.

Por lo general se admite que una mayor apertura económica impulsa la innovación y el crecimiento de la productividad, que a su vez crean los empleos y la prosperidad de los que dependen el bienestar y una mejor calidad de vida. Pero en los últimos años ha quedado claro que un número significativo de ciudadanos europeos ve la globalización, la liberalización y la búsqueda de una mayor competitividad no sólo como un catalizador del bienestar, sino también como una amenaza para éste. ¿A qué se debe? ¿Cuál es la causa de la inseguridad que sienten las personas y que les hace resistirse a la apertura y mostrarse reacias a aceptar confiadamente el cambio económico?

Por este motivo, la Comisión Europea llegó en el primer semestre de 2006 a la conclusión de que debe analizarse de nuevo la compleja dinámica del cambio social en nuestras sociedades para reforzar la respuesta de Europa a la globalización. En su **Comunicación** de mayo de 2006 «**Una Agenda de los ciudadanos en Europa**» la **Comisión propuso** que se hiciera un «estudio de la realidad social» para preparar el terreno con vistas a una agenda progresista de acceso y solidaridad. En junio de 2006, el Consejo Europeo apoyó ese planteamiento, pidiendo a la Comisión que **examinara la situación social en la Unión, haciendo especial hincapié en los temas de «acceso e igualdad de oportunidades»**. Esto refleja la opinión cada vez más difundida de que, si bien la sociedad no puede garantizar resultados iguales a sus ciudadanos, la igualdad de oportunidades es un objetivo que carece de sentido si no va acompañado por grandes esfuerzos para hacer posible que todos los ciudadanos ten-



gan acceso a los recursos, las condiciones y las capacidades necesarias para que la igualdad teórica de oportunidades sea real y significativa.

El presente documento de consulta de la OAPE es el primer paso que da la Comisión en respuesta a la solicitud del Consejo de poner en marcha un debate sobre la realidad social de Europa. No es una de las habituales consultas a los participantes, ni indaga puntos de vista en relación con una política específica o una iniciativa reglamentaria. Tampoco es un debate sobre el acervo social, es decir, el conjunto de disposiciones vigentes de política social, y no es un documento oficial de la Comisión que refleja su opinión determinada del Colegio de Comisarios: su objetivo es más bien favorecer la discusión e iniciar un vasto debate sobre una amplia gama de cuestiones.

No hay ninguna previsión de que se llegue a conclusiones políticas preceptivas. La única suposición subyacente en el ejercicio es que, pese a la diversidad de Europa, los desafíos a los que se enfrentan nuestras sociedades están suficientemente generalizados para que merezca la pena emprender un debate a escala europea sobre ellos, aprovechando las comparaciones con la experiencia de los Estados miembros.

El presente documento examina en primer lugar las principales fuerzas motrices de las transformaciones sociales de las sociedades europeas en la última generación. Para los Estados miembros fundadores, éste es el período que comienza tras las «*trente glorieuses*» (1) de la posguerra, cuando se redujo el crecimiento y el desempleo se convirtió para varios de ellos en un problema considerable. Para los diez nuevos Estados miembros que se adhirieron a la UE en 2004, particularmente los ocho antiguos países comunistas (mencionados en el presente documento con las abreviaturas UE-8 y UE-10), junto con Bulgaria y Rumanía, que se adhirieron en 2007, éste es el período crucial y a veces traumático de la transición y la ampliación. Para los cuatro países beneficiarios del Fondo de Cohesión (Irlanda, España, Portugal y Grecia), marca un período de transformación, desde un relativo atraso hasta una rápida modernización. Para el Reino Unido, cubre el período de brusca ruptura con el consenso de la posguerra a principios de la década de los ochenta, que puso fin a la decadencia económica británica, si bien con cierto coste social de efectos duraderos. Para los europeos septentrionales, la crisis económica del final de la década de los ochenta llevó a unos resultados excepcionales en términos de crecimiento y a un renovado interés por el modelo social nórdico.

El documento examina los elementos comunes de estas experiencias contrastadas y cómo evaluar los cambios sociales frente a los parámetros de comparación del bienestar. A continuación, pretende abrir un debate sobre al-

(1) JEAN FOURASTIÉ (1979): *Les trente glorieuses: ou la Révolution invisible de 1946 à 1975*, París, Fayard.

gunos de los factores clave que contribuyen al bienestar, como las oportunidades económicas, la naturaleza cambiante del trabajo, los desafíos del envejecimiento de la sociedad, la demografía y los nuevos modelos de la vida familiar, la pobreza y la desigualdad, los obstáculos a la salud y a la movilidad social, la calidad de vida, la delincuencia y el comportamiento antisocial, y la diversidad y el multiculturalismo.

El objetivo de este ejercicio de exploración de la realidad social de Europa es crear un nuevo consenso sobre los desafíos sociales comunes a los europeos, así como reforzar la colaboración entre la Unión Europea y sus Estados miembros de cara a la realización de la Estrategia de Lisboa sobre el crecimiento y el empleo. El ejercicio, no obstante, se centra deliberadamente en lo social y no en lo socioeconómico. La competencia y la responsabilidad de la actuación en la mayoría de los ámbitos discutidos en el presente documento corresponde a los Estados miembros, no a la UE. Por supuesto, el análisis abierto de las tendencias sociales y la catalogación de los «problemas» sociales pueden provocar expectativas de una actuación a gran escala. Por lo tanto, no pueden dejarse de lado cuestiones como el precio que los ciudadanos están dispuestos a pagar, las exigencias de la competitividad y la disciplina fiscal y las dificultades relacionadas con la selección de las políticas públicas.

Con todo, la Comisión, en aras de una auténtica apertura, al publicar el presente documento de la OAPE, busca puntos de vista sobre las implicaciones de las tendencias sociales y la definición y evaluación de los factores que contribuyen al bienestar en Europa.

1. TENDENCIAS: EL CAMBIO ACTUAL DE LAS SOCIEDADES EUROPEAS

¿Podemos discernir tendencias comunes en el camino que siguen las sociedades europeas? ¿Anuncia la globalización un cambio de ritmo o de dirección? ¿Mejorarán o empeorarán estos cambios el acceso de los ciudadanos a las oportunidades que les permiten realizar plenamente su potencial individual, y en qué manera lo harán?

Hay, por supuesto, una gran diversidad, a menudo tanto *dentro* de los Estados miembros como *entre* ellos. Sin embargo, todos los Estados miembros se enfrentan a desafíos comunes, como la demografía, la creciente diversidad étnica y cultural, y la individualización de los valores. Todos los Estados miembros de la UE son sociedades relativamente abiertas modeladas por las fuerzas globales del capitalismo moderno y las tendencias culturales a nivel internacional. Todas las sociedades relativamente bien desarrolladas de la UE-15 tienen que adaptarse a los diversos desafíos de la riqueza, pero para los nuevos Estados miembros poscomunistas la transformación económica y social en curso es incluso mayor, como consecuencia de la dramática realidad de la transición. En todas nuestras sociedades, incluidas las poscomunistas, hay una diferencia cultural cada vez mayor entre los «cos-

mopolitas», que pueden ser descritos como los ganadores de las actuales tendencias económicas, sociales y culturales, y los que han quedado atrás debido al cambio económico y la reestructuración industrial, que ven en peligro sus comunidades, valores y maneras de vida tradicionales.

La globalización es el marco de referencia que define el objetivo moderno de la Unión Europea. Se centra en cuestiones críticas, como la política comercial, la expansión de Asia y el cambio climático, y en la manera en que, en un mundo de migración masiva, delincuencia y terrorismo transfronterizo, Europa puede combinar la apertura con la seguridad. Estas son las cuestiones en las que la Unión Europea tiene un papel clave que desempeñar si Europa quiere dar una respuesta efectiva.

La Unión Europea tiene una larga experiencia de este tipo de desafíos. Desde el mercado común, pasando por el mercado único, hasta la moneda única, la UE ha consolidado las fuerzas dinámicas de la reestructuración y el cambio económicos. Pero la UE también ha provocado una considerable diferencia en la «calidad de vida» europea en toda una gama de cuestiones. Los compromisos sociales de la UE respecto al derecho al empleo, el diálogo social, la igualdad de los sexos y la actuación contra todas las formas de discriminación, así como el papel de liderazgo que ha desempeñado en las cuestiones ambientales y la protección de los consumidores, son tanto consecuencia como causa de la transformación social en Europa. La UE ha consolidado la democracia en Europa mediante la ampliación, lo que ha supuesto para nuestra época una transformación tan impresionante como lo fue la reconciliación francoalemana para una generación anterior. Ha ampliado considerablemente el alcance de la libertad individual para vivir, trabajar y viajar. Como ejemplo ilustrativo, se cree que actualmente viven en Gran Bretaña entre 300.000 y 400.000 franceses, que superan a los aproximadamente 300.000 ciudadanos británicos que viven en Francia (excluyendo a los propietarios de una segunda residencia). Muchos de ellos, atraídos por Londres, trabajan en esta ciudad, la cual, como principal centro financiero de la UE, se ha convertido en una ciudad tan europea como cosmopolita. Un estudio del Eurobarómetro de 2005 sobre la movilidad en la UE mostró que casi el 15% de los ciudadanos europeos, especialmente los nórdicos, está pensando en pasar su jubilación en un Estado miembro distinto del suyo propio (2).

Pero sería inexacto decir que las sociedades europeas actuales han sido modeladas fundamentalmente por la globalización. La realidad social de Europa es más compleja. Es cierto que en la última generación nuestras sociedades han experimentado un rápido cambio, pero es un mito creer en un inmutable «modelo social europeo» sometido actualmente al «choque de la globalización». La

globalización puede acentuar algunas tendencias clave: la desaparición de los empleos industriales tradicionales (junto con el impacto de la nueva tecnología y la aparición de nuevas demandas de los consumidores, al enriquecerse nuestras sociedades) (3); la necesidad de que una sociedad altamente educada sea capaz de desarrollar al máximo los talentos de todos sus ciudadanos; la aparición de nuevas y llamativas desigualdades geográficas y salariales, conforme van divergiendo las fortunas de los «ganadores» y los «perdedores»; el imperativo de diseñar una economía más sostenible desde el punto de vista ambiental para poder satisfacer las necesidades energéticas de Europa a largo plazo y abordar las inminentes amenazas del cambio climático; y el desafío que para los beneficiarios de la apertura suponen los problemas de la mala gestión de la migración y de la falta de integración. A medida que las comunidades tradicionales se van erosionando y nuestras sociedades se vuelven más diversas, crece la sensación de inseguridad, aumenta el temor al incremento de la delincuencia y se ponen en tela de juicio las cuestiones de identidad y ciudadanía.

Sin embargo, el cambio social, en su mayor parte, ha sido impulsado internamente. La rápida trayectoria de Europa hacia una economía postindustrial de conocimiento y de servicios está transformando la naturaleza de las divisiones del trabajo y de las clases sociales, así como las condiciones de acceso a las oportunidades económicas, el grado de movilidad social y la incidencia de la pobreza y la desigualdad. La creación de una sociedad opulenta y el proceso de modernización económica han modelado profundamente los valores, como lo vemos en la tendencia a la individualización, los nuevos modelos de la vida familiar, la evolución de la posición de las mujeres en la sociedad, la aparición de preocupaciones posmaterialistas y los nuevos desafíos del compromiso democrático. Pero esta individualización va a menudo paralela a un deseo cada vez mayor de dotar a la sociedad de una mayor cohesión y responsabilidad a nivel social, así como al gran valor concedido por las personas a las cuestiones de calidad de vida, como la disponibilidad de aire puro, de agua pura y de seguridad ambiental, que son consideradas fundamentales y tan importantes como la abundancia material, o incluso más que ésta. Se observa un cambio demográfico radical en la fecundidad decreciente y en la esperanza de vida más larga, que plantean cuestiones como la continuidad social y económica, las nuevas y diversas necesidades de vivienda, el equilibrio de la vida laboral en los hogares en los que trabajan los dos miembros de la pareja, la igualdad de los sexos de cara a compartir las tareas del hogar y la equidad entre las generaciones. La nueva importancia del ciudadano como consumidor está cambiando nuestra manera de pensar sobre cuestiones como la elección de vivienda y los servi-

(2) BARBARA GERSTENBERGER (2005): *The Growth Potential of the Silver Economy*, Fundación Europea para la Mejora de las Condiciones de Vida y de Trabajo.

(3) BELESSIOTIS TASSOS, MATTIAS LEVIN, REINHILDE VEUGELERS (2005): *Competitividad y localización industrial en la UE*, OAPE (septiembre de 2005). Este estudio concluyó que el impacto de la deslocalización parece tener un alcance limitado, especialmente en comparación con otras conmociones que afectan a la economía europea, como el cambio tecnológico.



cios públicos, la responsabilidad individual por la salud propia, la gestión de los residuos y el reciclaje, la seguridad y la calidad alimentaria, mientras surgen otras cuestiones, como la ética del consumo y la mayor participación y responsabilización de la colectividad-capacitación comunitaria. Aunque la preocupación de los ciudadanos por las cuestiones públicas no parece haber disminuido, la participación y la confianza en las formas tradicionales de la política y el compromiso de los ciudadanos sí lo han hecho, en general. El desarrollo del Estado de bienestar, que es en sí mismo una respuesta social y política a la era industrial, ha remodelado a su vez las oportunidades que ofrece la vida a decenas de millones de personas en nuestras sociedades, cambiando también, indiscutiblemente, los incentivos y creando nuevas dependencias de las que puede resultar difícil escapar a los individuos. Se ha comprobado que los Estados de bienestar tienen dinámicas complejas que les son peculiares y que son lentas de aplicar en nuestras sociedades y difíciles de cambiar.

Por ello, los europeos no pueden achacar a la globalización los desafíos sociales de nuestra época. No obstante, algunos temen que la capacidad de los Estados miembros para responder individualmente a estos desafíos pueda verse obstaculizada por la globalización, por ejemplo como consecuencia de la competencia fiscal y de otros factores que favorecen potencialmente una «carrera a la baja». Hay cuestiones que se refieren claramente al posible papel de la Unión Europea de cara a responder a estos desafíos sociales y al lugar que ocupan la legislación, la intervención presupuestaria y el diálogo social a nivel europeo. Estas cuestiones formarán inevitablemente parte del debate posterior.

1.1. La transición a una economía postindustrial de conocimiento y de servicios

Al final de la Segunda Guerra Mundial, pese a la importancia de la industria manufacturera en cuanto a producción y empleo, gran parte de la sociedad europea era aún preindustrial (4). En 2006 los Estados miembros más avanzados se están volviendo rápidamente postindustriales, como puede verse en el gráfico 1, correspondiendo a la industria manufacturera menos de un 20% del empleo en la UE-25 en conjunto. Los empleos de servicios suponen más de dos tercios de todos los empleos. Entre 2000 y 2004 se crearon más de ocho millones de nuevos empleos de servicios en la UE-25, mientras que cayó el empleo en la industria (que disminuyó 1,7 millones) y la agricultura (que disminuyó 1,1 millones). Esta tendencia es tan clara en los nuevos Estados miembros como en los viejos: el máximo crecimiento del empleo en Polonia se ha producido recientemente en los sectores inmobiliario y de los servicios.

(4) Véase TONY JUDT (2006): *Post War. A History of Europe Since 1945*, Penguin Books. En Francia, un tercio de la población todavía trabajaba en el campo. En Europa meridional las cifras eran mucho más altas.

Por lo que respecta a la mano de obra de la UE-15, en 2005 se empleó un poco más del 40% en los sectores «basados en el conocimiento» según los define Eurostat, (fabricación de tecnología alta a media, más servicios basados en el conocimiento), alcanzando Suecia el más alto nivel (54%) y Portugal el más bajo (26%). Frente a la media de la UE-15, España tenía un 32%, Italia un 37%, Francia un 43%, Alemania un 44% y el Reino Unido un 50%.

La tendencia hacia la economía del conocimiento y de servicios ha cobrado impulso en la década pasada, como lo muestra el cuadro 1. En la UE-15 el crecimiento de los empleos durante los últimos diez años en los sectores basados en el conocimiento (un 23,9%) superó ampliamente al resto de la economía (un 5,7%) (5).

Estos cambios en la estructura económica están produciendo nuevas divisiones profesionales (6):

- Como mínimo la mitad de los empleos existentes exige un alto nivel de capacidades intelectuales y/o personales. Un cuarto de todos los empleos exige cualificaciones avanzadas en TI, y esta proporción se está incrementando rápidamente. Sin embargo, un tercio de la mano de obra existente posee muy pocas cualificaciones, y uno de cada seis jóvenes todavía sale de la escuela sin cualificaciones.
- El crecimiento de nuevos tipos de empleo cualificado va a la par con un gran número de empleos de servicios en cafeterías, hoteles, tiendas, supermercados y estaciones de servicio, así como de empleos de servicios públicos, como camilleros de hospitales y prestadores de asistencia. Las mujeres se hallan considerablemente representadas en este sector de servicios poco cualificados, así como en empleos rutinarios de oficinas y en más de una cuarta parte de los empleos a tiempo parcial. Mientras que entre las mujeres con empleos a tiempo parcial se da generalmente una elevada satisfacción profesional (muchas de ellas aprecian el contacto social que conlleva su empleo y la posibilidad de un mejor equilibrio en su vida profesional o privada), hay problemas en lo relativo a la diferencia de retribución entre hombres y mujeres, menos oportunidades de formación y de avance profesional, unos empleos menos estables y un acceso reducido a los beneficios sociales que llevan a una segmentación de los sexos en el mercado laboral, contraria a la igualdad de oportunidades.
- La posición de los trabajadores no cualificados, particularmente la de los hombres, está empeorando por lo general, sobre todo en las zonas en las que disminuye la industria fabril. Hay empleos disponibles para los no cualificados, pero no siempre en el lugar adecuado ni

(5) *The Knowledge Economy in Europe*, The Work Foundation, Londres (octubre de 2006).

(6) Véase ANTHONY GIDDENS (octubre de 2006): *Europe in the Global Age*, Polity Press.

con las mismas garantías, y se trata de empleos para los que algunos hombres se sienten incapacitados o incómodos, ya que requieren competencias sociales de interrelaciones personales ajenas a la experiencia tradicional de su propia comunidad. Las tasas de desempleo son superiores a las de los trabajadores con mejor formación. Una excepción la podrían constituir ciertos mercados laborales locales muy reducidos en los que la demanda de mano de obra no cualificada sigue siendo alta, y el papel desempeñado por la inmigración para colmar esta laguna es ahora discutido. Pero incluso en este caso hay un elevado riesgo de que los trabajadores poco cualificados desemboquen en una espiral de empleos de mala calidad con pocas oportunidades de formación en nuevas cualificaciones, seguidos por períodos de desempleo (7).

Estos cambios reflejan en gran medida el avance tecnológico y la evolución de la demanda de los consumidores a medida que nuestras sociedades se enriquecen. Pero algunos creen que estos cambios estructurales también reflejan cambios en la naturaleza del capitalismo moderno que son mucho menos benignos o socialmente neutros. Algunos expresan una seria preocupación ante la evolución de la naturaleza del mundo empresarial y de las responsabilidades que impone a su mano de obra (8). Durante el apogeo de la fabricación en serie, las formas corporativistas de capitalismo, particularmente el modelo renano, fueron sin duda las que tuvieron más éxito. Simplificando, cabe decir que el trabajo garantizaba la paz social y el capital ofrecía empleos para toda la vida. Ello permitió a las empresas cuyas ventajas competitivas dependían de que se incrementase la calidad de los productos, invertir en el capital humano de la empresa mediante una formación de su personal específicamente orientada hacia el empleo. La separación de la gestión y el control permitió a las empresas disponer de una visión a largo plazo en vez de concentrarse en los beneficios a corto plazo.

No obstante, en el mundo moderno los capitales han vuelto a ponerse en movimiento, como ocurrió con la ola de globalización anterior a 1914. Pero, además de la movilidad de los capitales, las posibilidades cada vez mayores de comunicación mundial, la transferencia de tecnologías y, en particular, la tecnología de la información han permitido a los directivos de empresa pensar en organizar

(7) ELIASON, M. y STORRIE, D. (octubre de 2006): «Lasting or latent scars? Swedish evidence on the long term effects of job displacement», *Journal of Labour Economics*. Los autores analizan la situación de los trabajadores afectados por los cierres de las fábricas suecas y consideran que los trabajadores desplazados sufrieron considerables pérdidas de ingresos, así como un empeoramiento de su posición a largo plazo en el mercado laboral en comparación con otros, con una mayor probabilidad de pérdida recurrente de empleo, siendo peor la situación para los trabajadores de más edad. Citado en *Restructuring and Employment in the EU: Concepts, Measurement and Evidence*. Fundación Europea para la Mejora de las Condiciones de Vida y de Trabajo (2006).

(8) Véase por ejemplo JOHN MONKS, Secretario General de la CES, con ocasión del memorial Aneurin Bevan: *El desafío del nuevo capitalismo* (noviembre de 2006).

cadenas de suministro en términos mundiales y contratar externamente ciertas tareas particulares. No es simplemente una cuestión de deslocalizar actividades rutinarias y que sólo requieren una mano de obra semicualificada: el avance de la globalización y la TI hacen posible desagregar las tareas y contratar externamente incluso aquellas que requieren una mano de obra muy cualificada que pueden ser realizadas a poco coste y de manera eficiente en otras partes del mundo (9). No obstante, pese a estas posibilidades, se pueden encontrar razones de peso para que las empresas se mantengan en donde se han desarrollado durante un largo período y donde la producción se efectúa a proximidad de los mercados «nacionales».

Junto con el incremento de movilidad de los capitales y la globalización de las cadenas de suministros, recientemente el mercado de control de las empresas se está abriendo a la competencia en gran parte de Europa, haciendo que los directivos de empresa se centren mucho más intensamente en el objetivo de lograr una mayor rentabilidad. Los fondos de cobertura tratan de acudir a los sectores cuya rentabilidad actual no refleja el valor subyacente del activo empresarial, y nuevos equipos directivos más estrictos y motivados financieramente pueden obtener resultados con más rapidez. Al mismo tiempo, la ventaja competitiva ya no radica en muchos sectores en mejorar los productos o los servicios, sino en conseguir un éxito comercial mediante la innovación en la frontera tecnológica y de conocimientos. Por otro lado, los horizontes temporales para la inversión en capital se han acortado. Con esta sombría perspectiva, el capitalismo impulsado por estos nuevos imperativos se centra cada vez más en los beneficios, a expensas de la seguridad del empleo y del compromiso a largo plazo respecto a sus empleados. Se argumenta que no es que no haya alternativa, sino que se ha permitido que los resultados financieros y el enriquecimiento personal desplacen los valores de compromiso mutuo y colaboración social al servicio de la empresa.

No obstante, algunos aspectos de los recientes cambios suponen una oportunidad y no una amenaza. Por ejemplo, la diversificación de las cadenas de suministro ha traído nuevos empleos a la UE-8 y ha reforzado la capacidad de las empresas europeas para competir en los mercados laborales, donde numerosas empresas han obtenido grandes éxitos. Por lo que respecta a las fusiones y absorciones, no hay ningún argumento de eficiencia o justicia social que justifique los privilegios de los directivos perezosos que están a veces al frente de empresas familiares en las que las jóvenes generaciones han perdido todo interés en dirigir activamente la empresa. Es totalmente lógico argüir que el éxito comercial en la economía del conocimiento y de servicios está vinculado a una reducción de la jerarquía, un aumento del trabajo en equipo y unas cualificaciones laborales mayores y más flexibles que en la

(9) Una de las mejores discusiones recientes de estas cuestiones figura en un documento de Richard Baldwin escrito para la presidencia finea: *Globalisation: The Great Unbundling(s)* (septiembre de 2006), que está disponible en su página web.



antigua economía manufacturera. Todo depende de las actitudes individuales de cara a la seguridad y la asunción de riesgos, y ello depende a su vez de la confianza de los individuos en sus propias cualificaciones y empleabilidad.

Los cambios en la estructura económica están alterando el mapa de las desigualdades regionales en la UE. Las grandes aglomeraciones están rehaciendo con éxito su futuro como centros de economía del conocimiento. Su base económica se compone a menudo de servicios financieros y empresariales, enseñanza superior y actividades culturales y deportivas. Algunas han desarrollado con éxito agrupaciones de alta tecnología. El sociólogo estadounidense Richard Florida cree que el factor diferenciador en el éxito de las aglomeraciones modernas es la capacidad de atraer a la denominada «clase creativa», cuya manera de ganarse la vida consiste en dar una determinada forma a los conocimientos, en vez de realizar una actividad rutinaria o definida. Sin embargo, para algunas que fueron antaño prósperas ciudades industriales, incluso situadas relativamente cerca de aquellas grandes aglomeraciones, la historia es a menudo diferente. Las ciudades situadas en regiones como Lorena en Francia, el Ruhr en Alemania y Lancashire y Yorkshire del Sur en el Reino Unido, han perdido su antigua base económica y se enfrentan al difícil desafío de descubrir una nueva base. Mientras que la diferencia de renta entre los países más ricos y más pobres de la UE-15 se ha *reducido* sustancialmente (y se ha eliminado espectacularmente en el caso de Irlanda), la diferencia entre las regiones más ricas y más pobres se ha *ampliado*, incluso en la UE-15. Esta ampliación de las desigualdades regionales puede, por supuesto, coexistir con una disminución de las desigualdades individuales como consecuencia del desplazamiento de las personas de las zonas más pobres a las más ricas, pero hace ya mucho tiempo que la Unión Europea ha reconocido, a través de los Fondos Estructurales, la importancia que reviste el hecho de reducir las disparidades regionales para lograr una mayor cohesión social.

La ampliación está añadiendo toda una nueva dimensión a las disparidades regionales. Las condiciones de vida son mucho peores. Dos tercios de los habitantes de la UE-10 viven en regiones en las que el PIB per cápita es el 50% o menos del 50% de la media de la UE-15. En el conjunto de Bulgaria y Rumanía, la media es inferior a un tercio. En 2003 la renta familiar neta media en Bulgaria y Rumanía era aún inferior a 300 euros al mes en paridad de poder adquisitivo. Para el cuartil inferior era de unos 100 euros, lo que reflejaba altos niveles de desigualdad de renta en estos nuevos Estados miembros (10).

Sin embargo, las estructuras económicas de la UE-8 no son tan diferentes como la mera diferencia de rentas puede sugerir. Muchos de los nuevos Estados miembros experimentaron una rápida y brutal industrialización en la

(10) Primera encuesta europea sobre la calidad de vida en Bulgaria y Rumanía. Fundación Europea para la Mejora de las Condiciones de Vida y de Trabajo (2006).

posguerra, y han pasado por una dolorosa transición al abandonar la industria pesada en los últimos quince años. Los niveles de enseñanza y de cualificaciones son generalmente altos, más altos que en Europa meridional, y ello, unido a unos salarios más bajos, ha servido de polo de atracción para las inversiones entrantes en el sector manufacturero. El empleo en los servicios es algo más bajo que en la UE-15, pero está creciendo rápidamente en sectores como los hoteles y el servicio de restauración. Sigue habiendo, sin embargo, numerosos campesinos agricultores, especialmente en Polonia y Rumanía, más pobladas, los cuales se ganan penosamente la vida con cultivos de subsistencia: para algunos de ellos, ésta ha sido la única manera de sobrevivir a los traumas económicos de la transición.

1.2. El impacto del Estado de bienestar

Es bien sabido cómo los Estados de bienestar han asegurado a las personas contra los riesgos de la edad industrial. Pero, al atender a las necesidades físicas y materiales, también han modelado profundamente unas oportunidades de vida más amplias en nuestras sociedades. Tal como lo sostiene desde hace algún tiempo la Comisión Europea, la política social puede constituir un factor productivo positivo. Un seguro contra los riesgos sociales facilita el cambio económico. En Estados Unidos se considera que el hecho de que, demasiado a menudo, la pérdida de un empleo equivale a la pérdida del derecho a un seguro de enfermedad para toda la familia, constituye una de las principales razones de las presiones proteccionistas.

El desarrollo de la enseñanza superior ofrece beneficios claramente comprobados en términos de rentabilidad cada vez mayor, pero también ha tenido un profundo impacto en las actitudes de la clase media. Es mucho más probable que las mujeres desarrollen una carrera profesional si poseen un título. Pero también abre horizontes intelectuales y culturales, contribuyendo al cambio de valores que están viviendo nuestras sociedades.

La eliminación de la extrema pobreza y la disponibilidad de una atención sanitaria completa han contribuido a la longevidad. Las pensiones y el seguro social han reducido considerablemente lo que fue en tiempos el azote de la indigencia y de unas condiciones de vida indignas en la tercera edad, aunque uno de cada seis ancianos, principalmente mujeres, vive todavía en la pobreza. La tercera edad posee un mayor porcentaje de riqueza y de renta global que en el pasado. En la UE-15, el «envejecimiento de la sociedad» significa actualmente para muchas personas una larga y cómoda jubilación.

Esto ha creado un importante problema de equidad y de sostenibilidad entre las generaciones. Cuando se diseñaron los primeros regímenes de seguridad social, muy pocos pusieron en tela de juicio el modelo del sistema de retención en el momento de percibir la renta. Una mano de obra joven en crecimiento, el pleno empleo y una esperanza de vida limitada para los jubilados parecían garantizar

una viabilidad a largo plazo. El debate político tendía a centrarse en el grado de redistribución entre ricos y pobres implicado por las contribuciones y los beneficios pagables. Conforme las condiciones demográficas subyacentes empezaron a cambiar, los partidarios de un liberalismo económico empezaron a recalcar las ventajas de pasar a regímenes «financiados» y a cuentas individualizadas. Pero en los Estados miembros que introdujeron dichas nuevas medidas hubo problemas con la «venta abusiva» de pensiones, las fluctuaciones del mercado de valores y la puesta en común del riesgo. La mayoría de los Estados miembros han optado en vez de ello por un proceso de reformas graduales de los sistemas de retención en el momento de percibir la renta que implican retrasar la edad de jubilación, reducir los beneficios e incrementar las contribuciones. Pero, a fin de obtener apoyo político para dichas reformas, los que ya estén jubilados, o próximos a la jubilación, no se han visto afectados en su mayor parte. La imparcialidad y la equidad se han sacrificado en aras de una comprensible comodidad política; con todo, en algunos Estados miembros se requieren todavía reformas importantes para lograr la sostenibilidad a largo plazo.

La prestación en gran medida universal de beneficios sociales (a pesar de algunas lagunas notables, como la ausencia de prestaciones sociales para los jóvenes solteros desempleados en Italia) ha facilitado la independencia personal, pero puede también haber estimulado la dependencia. Por ejemplo, la prestación de beneficios sociales para los niños ha reducido los costes económicos de la ruptura de relaciones, particularmente en el caso de las mujeres. Se ha atendido a las dificultades de las familias monoparentales y se han cubierto mejor las necesidades básicas de los niños, que no pueden elegir a sus padres.

Sin embargo las familias, comoquiera que se definan, son al mismo tiempo menos «sólidas». Nuestros generosos Estados de bienestar reducen la pobreza, pero no tienen tanto éxito a la hora de suministrar acceso a nuevas oportunidades, como lo muestra el número de desempleados a largo plazo, de enfermos a largo plazo y de cuasi prejubilados en Europa. Habrá quien sostenga que el sistema de bienestar está aprisionando a las personas en una dependencia de la que les resulta difícil y a veces imposible escapar.

Se ha producido un inevitable impacto en los incentivos de trabajo. La experiencia nórdica sugiere que los Estados de bienestar pueden ser generosos con los desempleados siempre que se vincule a los beneficios una condicionalidad real, lo que depende de la capacidad de la Administración pública para aplicar políticas activas del mercado laboral y una cultura de obligación social por parte del individuo para encontrar un empleo.

Con todo, en muchos Estados miembros (11) los generosos Estados de bienestar combaten con éxito la pobreza,

(11) ANDRÉ SAPIR: *Globalisation and the Reform of European Social Models*. Documento de base para la presentación en la reunión informal de ECOFIN de Manchester en septiembre de 2005.

pero son menos eficientes de cara a proporcionar acceso a nuevas oportunidades. La seguridad social no se ha transformado completamente de manera que pase de ser una red de seguridad que amortigüe el fracaso a convertirse en un trampolín que permita a la gente recuperarse de los reveses personales que las vicisitudes de la vida causan aleatoriamente. Con demasiada frecuencia en el pasado, por ejemplo, se ha hecho frente a las consecuencias sociales de la reestructuración de la industria adelantando la edad de la jubilación, en vez de reintegrando a los trabajadores de mayor edad en el mercado laboral de una manera que responda efectivamente a la estrategia europea de crecimiento y empleo y al desafío demográfico. Algunos Estados miembros han dado con éxito prioridad a políticas activas de mercado laboral basadas en un firme concepto de derechos y responsabilidades: aquí estriba la gran fuerza del «modelo danés», pero ello requiere un importante apoyo presupuestario y una amplia intervención pública. A falta de claros deberes paralelos a los derechos establecidos, la seguridad social puede alentar la percepción de que se está abusando del sistema, lo que a su vez socava la idea de «equidad» que subyace en la solidaridad ofrecida por los modelos sociales de Europa. La idea de equidad se enfrenta también al desafío de la creciente diversidad de nuestras sociedades y percepciones (a menudo falsas o parciales) de la presunta voluntad de trabajar de algunos grupos y del supuesto abuso de los beneficios sociales.

1.3. El impacto de la sociedad opulenta

La mayor parte de los ciudadanos de la UE de mediana edad viven en la riqueza en comparación con sus padres y sus abuelos. Esto también sucede en algunos nuevos Estados miembros una vez que sus economías superaron la drástica, aunque temporal, caída de las condiciones de vida como consecuencia de la transición. Por lo que respecta a los parámetros de resultados que la enriquecida sociedad de la posguerra se fijó a sí misma (ser propietario de un hogar, ser propietario de un coche, disponer de calefacción central, televisor, nevera, congelador, lavadora y lavaplatos en el hogar, pasar las vacaciones en el extranjero), la mayor parte de Europa puede jactarse de haber tenido éxito.

La riqueza de las masas ha ensanchado los horizontes y ha ampliado las opciones de vida. El desarrollo de la televisión, seguido por las tecnologías de vídeo y en los últimos quince años por el teléfono móvil e Internet, junto con la creciente capacidad para viajar libremente, ha acabado con el aislamiento cultural de lo que fueron en tiempos comunidades rurales e industriales cerradas, poniendo al alcance del público una amplia gama de información y experiencia y exponiéndolo a influencias procedentes del mundo entero.

Una vez que las personas acomodadas cubrieron sus necesidades básicas de consumo, el incremento de las rentas ha generado nuevos tipos de demanda en una sociedad cada vez más posmaterialista: como consumidores,



una demanda de nuevas aficiones, cocina orgánica, gimnasios e instructores personales (un sector de crecimiento muy alto del empleo) y asesoramiento personal; en la actividad empresarial, una demanda de todo tipo de asesoramiento; y en política, una demanda relativa a temas ecológicos. Ello se ajusta precisamente a las predicciones del sociólogo estadounidense Maslow y a su teoría sobre la «jerarquía de necesidades» de los seres humanos, por la cual éstos van avanzando, una vez han satisfecho sus necesidades materiales básicas (12). Estos avances han impulsado la demanda a nivel de la economía del conocimiento. En este contexto, puede darse una relativa privación material de los pobres, incluso en los Estados miembros más ricos. En 1999, por ejemplo, una de cada doce familias monoparentales del Reino Unido (aunque su situación ha mejorado desde entonces) no podía permitirse una comida completa al día o un impermeable para cada uno de sus hijos, una de cada cuatro no podía permitirse juguetes ni un equipo de deportes adecuado, y tres de cada cuatro no podían permitirse una semana de vacaciones (13).

1.4. El ciudadano como consumidor

En la era de la sociedad opulenta, los individuos se definen más por las opciones que efectúan en relación con el consumo que por su papel como productores. Pueden ser más exigentes en su demanda (por ejemplo, en relación con una cocina más sana o con unos productos que respeten el medio ambiente), aunque al mismo tiempo deseen proclamar, a través de sus hábitos de consumo, su posición y su categoría. El consumo es tan importante para las personas que éstas están dispuestas a contraer grandes deudas para mantenerlo. La deuda en doce de los países de la UE-15 creció de una media de 14.322 euros por persona en 2002 a 16.337 euros en 2004. Como porcentaje de la renta disponible familiar anual, se sitúa en más del 90%. Hay señales de que, en definitiva, la mayoría de las personas considera insatisfactoria la «rutina hedonista», y las que se quedan atrás en la carrera del consumo la consideran como una fuente de estrés, que acentúa los problemas de autoestima y los sentimientos de fracaso personal. De este modo, además de la explosión de las modas de comida sana y las dietas, los gimnasios y el jogging, se cree que los factores psicosociales contribuyen considerablemente al alcoholismo, la obesidad y las enfermedades mentales.

Dentro de la familia, tener hijos se ha convertido en gran medida en un acto de opción consciente. Europa ha entrado en la era del «hijo apreciado», planteándose problemas como la seguridad de los niños y el abuso sexual. La riqueza ha traído consigo una vasta y nueva gama de juguetes infantiles, juegos y actividades educativas. Todo

(12) ABRAHAM MASLOW (1943): *A Theory of Human Motivation*.
 (13) Datos citados por JOHN HILLS (octubre de 2004): *Inequality and the State*, Londres School of Economics, Ralph Miliband Lecture on Inequalities.

ello convierte a las relativas privaciones de la pobreza infantil en un grave problema social, incluso cuando se han satisfecho las necesidades básicas de alimentación, alojamiento, ropa y calzado. Al mismo tiempo han surgido nuevos problemas como la obesidad infantil y el trastorno de hiperactividad con déficit de atención.

El impacto de los medios de comunicación, la comercialización y la publicidad ha sido una característica definitoria del cambio social, al modelar el entorno, las opciones y la información de las personas. En nuestro mundo, cada vez más profundamente interconectado, los medios de comunicación se infiltran y lo invaden todo cada vez más. La libertad de los individuos, los padres y los jóvenes para tomar decisiones razonadas sobre lo que ven, hacen o compran está ahora envuelta y mediatizada en un mundo de continua comunicación comercial que cada vez invade más todos los ámbitos. Los padres quieren elegir lo que sus hijos deben ver y mirar; los individuos quieren evaluar la calidad, la fuente y la selección de la información que se les ofrece; la comercialización es la mano invisible en la vida del consumidor. Se plantean cuestiones de responsabilización.

1.5. Igualdad de sexos y cambio demográfico

Una de las mayores transformaciones causadas por la riqueza ha sido la de la posición de las mujeres. Aún falta mucho para alcanzar el ideal de la igualdad entre hombres y mujeres, en términos de igualdad de oportunidades de empleo y de reparto equitativo de la responsabilidad del cuidado de los niños, pero a pesar de todo los avances han sido considerables. En la década de los cincuenta, la nueva tecnología empezó a liberar a las mujeres de las cargas tradicionales del quehacer doméstico. Hoy día, el tiempo dedicado a la preparación de las comidas y a cuidar de la casa ha disminuido drásticamente y un mayor número de hombres asume al menos cierta responsabilidad, aunque el esfuerzo necesario para dirigir un hogar, cuidar a los hijos y a los padres ancianos y tener un empleo, sigue siendo enorme para muchas mujeres. No obstante, la mayoría de las mujeres en edad laboral (55,7%) tiene ahora un empleo remunerado en todos los Estados miembros, excepto Italia, Polonia, España y Malta; en Dinamarca y Suecia, la tasa de empleo de las mujeres es superior al 70%. En el conjunto de la UE sigue reduciéndose la disparidad entre hombres y mujeres en lo tocante al empleo, que oscila actualmente en torno al 15%. Más del 25% de las mujeres trabaja a tiempo parcial, pero existe una disparidad mucho mayor que en la tasa de empleo (desde un máximo del 53% en los Países Bajos hasta un mínimo del 10% en Portugal y el 11% en Finlandia) (14).

La familia en la que trabajan los dos miembros de la pareja es ahora la norma. La posición relativa de la familia en

(14) ALAN MANNING y BARBARA PETRONOGLO: *The Part Time Pay Penalty*, UK Women's Equality Unit. Centre for Economic Performance, Londres School of Economics.

términos de ingresos y de categoría ya no depende de lo que gane el «sostén masculino de la familia», sino del poder adquisitivo de ambos miembros de la pareja y de la estabilidad a largo plazo de su relación.

El descenso de la fecundidad ha sido prácticamente general en toda la UE, pese a las diferencias que frecuentemente se dan por supuestas entre las sociedades europeas septentrionales y las meridionales: el norte, antaño mayoritariamente protestante, y hoy día sumamente secularizado e individualista; el sur, católico, religioso y familiar. Con todo, es precisamente en este último grupo de países donde las mujeres se han rebelado más enérgicamente contra la procreación y contra su papel tradicional de madres, y se producen los más duros conflictos a la hora de elegir entre un empleo o una familia.

Las tasas de fecundidad han disminuido un 45% desde la década de los sesenta. En 1960 la tasa de fecundidad de la UE-15 era de 2,69. Para 1980 había caído a 1,82. En 2000 era de 1,53. En Irlanda, por ejemplo, la tasa de fecundidad, que en 1980 era todavía de 3,2, pasó a 1,9 en 2000. Ese mismo año, en Grecia, Italia y España era solamente de 1,3. Los nuevos Estados miembros también han experimentado disminuciones muy notables, equivalentes a las de la Europa meridional, independientemente de sus niveles de secularización. Aquí parece que la confianza en el futuro se ha visto mermada por las conmociones económicas y sociales de la transición. En 2003, la tasa media de fecundidad de la UE-25 era de 1,48, muy por debajo de la cifra de 2,1 calculada como necesaria para mantener el actual nivel de población (independientemente de la inmigración).

En los últimos veinte años la edad media de la primera boda de las mujeres aumentó en cinco años, pasando a ser de 28 años. La disponibilidad de métodos efectivos de contracepción ha permitido que los padres tomen decisiones responsables sobre la posibilidad y el momento de tener hijos, aunque hay ciertas señales de que, debido a las presiones económicas, las mujeres no están teniendo tantos hijos como teóricamente preferirían (15).

En nuestras sociedades hay menos niños y jóvenes y muchos más jubilados. En 1950 el 40% de la población de la UE-25 tenía menos de 25 años. Para 2000 la cifra había bajado al 30% y para 2025 se espera que sea inferior al 25%. Por el contrario, en 1950 menos del 10% de la población tenía más de 65 años. En 2000 la cifra giraba en torno al 16,6%. Para 2025 estará muy cerca del 25%. Estas cifras representan más que unos simples números. Tendrán un profundo impacto en las tendencias de los consumidores, las necesidades de vivienda y atención sanitaria, las actitudes sociales y las prioridades políticas. En todas nuestras democracias, son los ancianos quienes más probablemente ejercen el derecho al voto.

(15) Una encuesta del Eurobarómetro sobre las mujeres que han dejado de ser fértiles concluyó que, si bien tenían una media de 2,1 hijos, habían preferido tener 2,3.

1.6. La tendencia a la individualización

La mayor parte de los sociólogos aceptan que la riqueza de las masas ha llevado al incremento de la individualización en las sociedades europeas. En la década de los cincuenta y en la de los sesenta, la aparición de la cultura juvenil de masas marcó la pauta por primera vez, modificando las actitudes por lo que respecta a la autoridad, la familia y las expectativas de la gente corriente. La vida dejó de ser algo que debía aceptarse y vivirse como parte de la colectividad en la cual uno había nacido: trabajador o campesino, pueblo o ciudad, iglesia o secta religiosa. Se incrementaron las expectativas de autorrealización personal. Un mayor número de personas ve ahora sus vidas en términos de una biografía personal que ellas mismas están escribiendo. Esto no quiere decir que ya no les interese la «cohesión social»; por el contrario, las encuestas indican que a muchas personas sí les interesa, pero también son muchas las que no tienen ganas de volver a los antiguos imperativos vinculados a la familia, la clase social o la religión.

Europa, especialmente la Europa septentrional, aunque no solamente ésta, es mucho menos creyente que Estados Unidos. Sólo un 30% de los europeos va a la iglesia regularmente; un 40% asiste solamente en ocasiones especiales; con todo, un 75% sigue considerando apropiado un servicio religioso con ocasión del nacimiento, la boda y la muerte. Más de tres cuartos de los polacos, alrededor de dos tercios de los irlandeses y más de la mitad de los italianos y los portugueses van a la iglesia como mínimo una vez al mes, frente a menos de un 25% de los británicos, finlandeses y letones, y menos de uno de cada ocho checos, daneses, estonios, franceses y suecos. Con todo, Europa no está tan secularizada como mucha gente cree. Un número significativo de europeos que no son creyentes se consideran miembros de una iglesia, especialmente cuando existen iglesias estatales: se trata del fenómeno de «pertenencia sin fe». Pero también hay europeos que se consideran creyentes y que no van a la iglesia.

Algunos creen que «el declive de la asistencia a la iglesia a partir de la década de los sesenta puede atribuirse no sólo a la tendencia a la secularización, sino también al declive más general de instituciones seculares como los partidos políticos, los sindicatos y las actividades de ocio organizadas que requieren reuniones periódicas» (16). Por otra parte, hay una escasa relación, comparando país por país, entre los Estados miembros en los que la asistencia a la iglesia sigue siendo considerable y otras medidas de compromiso cívico. Los especialistas en ciencias sociales que han considerado la cuestión del «capital social» de Europa observan que la sociedad civil tiende a ser más fuerte en un eje norte-sur y oeste-este. Los polacos son los europeos que van a la iglesia con más regularidad, pero su nivel de compromiso cívico a partir de la democratización es escaso y puede haber disminuido desde

(16) THEO SCHEPENS (2005): Universidad de Tilburg. *Atlas de Valores Europeos*. Editado por Loek Halman, Ruud Luijckx y Marga van Zundert.



1990. Los nórdicos van poco a la iglesia, pero, junto con los holandeses y los británicos, son los europeos más activamente comprometidos en una u otra forma de organización voluntaria. Esto resalta otra paradoja: la actividad voluntaria es al parecer complementaria de un Estado de bienestar bien desarrollado, y no un sustituto de ella (17).

La individualización plantea un gran desafío para el compromiso democrático. Las antiguas líneas divisorias políticas de clase social y religión se están erosionando rápidamente. La participación electoral está disminuyendo en muchos Estados miembros, aunque se da un interesante contraste entre las nuevas democracias de Europa meridional, donde sigue siendo relativamente alta, y los Estados miembros antiguamente comunistas, donde la participación en las elecciones y el compromiso cívico es generalmente escaso. Preocupa particularmente el nivel de participación de los votantes entre los jóvenes y los grupos socioeconómicos más bajos, lo que plantea preguntas difíciles de responder sobre la capacidad de nuestros sistemas políticos para responder a los desafíos sociales de la nueva era. También ha aumentado en muchos Estados miembros el apoyo a los partidos situados a la extrema derecha y la extrema izquierda del espectro político, lo que refleja el creciente descontento con el sistema político actual y su supuesto fracaso a la hora de atender a las preocupaciones del público. Los extremos tienden a obtener apoyo de las personas que han salido perdiendo con la transición económica, especialmente de la antigua economía industrial a la economía del conocimiento y servicios de hoy día. La tendencia a la individualización ha ampliado claramente la libertad personal, pero algunos se preguntan cuál ha sido su coste en términos de valores.

El índice de divorcios se ha duplicado prácticamente en una sola generación. El 15% de las bodas celebradas en 1960 ha terminado hasta ahora en divorcio, pero en el caso de las bodas celebradas en 1980 el porcentaje ha sido del 28%. El divorcio se ajusta más a un modelo «creyentes frente a no creyentes» que la fecundidad. Los Estados miembros con el índice de divorcio más bajo en 2003 fueron, por este orden, Irlanda, Italia, Grecia, España, Polonia y Eslovenia; los Estados miembros con el índice de divorcio más alto fueron la República Checa, Lituania, Estonia, Bélgica, Dinamarca y el Reino Unido.

La boda ya no es un buen indicador de la estabilidad de una relación (si es que alguna vez lo fue). Son más numerosas las personas que han vivido en algún momento con otra persona sin estar casadas. De la generación de la década de los sesenta, el 60% de los daneses y de los suecos que están ahora en la cincuentena dijeron en la Encuesta Social Europea que así lo habían hecho en algún momento, en contraste con menos de uno de cada ocho griegos, portugueses, polacos y españoles, y aproximadamente uno de cada cuatro británicos y alemanes.

(17) JERZY BARTKOWSKI y ALEKSANDRA JASINKA-KANIA (2004): «Voluntary Organisations and the Development of Civil Society», en *European Values at the Turn of the Millennium*, Editado por Arts y Halman.

Las parejas que viven juntas hoy día están cada vez más dispuestas a tener hijos sin casarse antes. Más de uno de cada cuatro hijos nacen fuera del matrimonio: desde un máximo del 56% en Suecia (más del 40% en Dinamarca, Francia, Finlandia y el Reino Unido) hasta menos de uno de cada diez en Italia. Sin embargo, la proporción de italianos nacidos fuera del matrimonio se ha duplicado desde 1960.

Hay un gran debate sobre la interpretación de estas tendencias. Algunos investigadores consideran, por ejemplo, que «el aumento de los índices de divorcio no refleja un rechazo del matrimonio, sino más bien un aumento de las expectativas de satisfacción en el matrimonio» (18). Y hay indicios de que la gente está pidiendo más al matrimonio en términos de calidad de relaciones con su pareja de lo que hubiera podido hacer en el pasado.

La individualización, unida a una mayor movilidad profesional y geográfica, parece estar debilitando en Europa los vínculos de la familia en sentido amplio:

- La duración de la dependencia de los hijos respecto de sus padres varía según los sistemas universitarios nacionales y las perspectivas de empleo, pudiendo a veces prolongarse los estudios hasta los comienzos de los treinta años. En la UE-25 sólo la mitad de los hijos sigue viviendo con sus padres hasta la edad de 25 años y sólo un 20% hasta la edad de 30 años.
- Uno de cada ocho adultos vive aisladamente, incluso en la flor de la vida, lo que supone un aumento del 50% en dos décadas.
- También, a medida que las estructuras familiares se debilitan y el divorcio se generaliza, muchos abuelos pierden el contacto con sus nietos. Solamente un 25% de los abuelos se ocupa periódicamente de sus nietos, y la mitad no se había ocupado ni una sola vez de ellos en un período de doce meses.

Cada vez hay más europeos que toleran la diversidad de sexualidades y estilos de vida. Por ejemplo, casi la mitad de los daneses que entraron en la edad adulta en la década de los sesenta «cree firmemente que los homosexuales deben ser libres para elegir el estilo de vida que deseen». Los belgas, checos, holandeses, finlandeses, franceses y suecos tienden a creer lo mismo. Una gran mayoría de europeos meridionales y de polacos no lo creen.

El Estudio de Valores Europeos trata de medir la permisividad a través de una amplia variedad de dimensiones. La homosexualidad se perfila como un tema más polémico que el divorcio, la eutanasia o el aborto, pero es más tolerada que la infidelidad conyugal, el fraude al sistema fiscal

(18) Ésta es la opinión de A. SKOLNICK (1993): «Change of Heart: Family dynamics in historical perspective», en COWAN *et alii*, *Family, Self and Society*, Laurence Erlbaum Associates.

o las prestaciones sociales, la drogadicción o la conducción en estado de embriaguez. El Atlas de Valores Europeos concluye que las actitudes permisivas no están tan difundidas como algunos se imaginan y que no hay señales de que ello lleve a una mayor decadencia moral (19).

La conclusión global del Atlas de Valores Europeos es que «EE.UU. no es un prototipo de modernización cultural: posee un sistema de valores mucho más tradicional que cualquier otra sociedad industrial avanzada». El estudio llega más bien a la conclusión de que, por lo que se refiere al autodesarrollo y a la autonomía personal, Suecia y los Países Bajos ocupan el puesto más alto: son los que más lejos han llegado en el camino de la modernización y el posmaterialismo. «Para ver su futuro, los europeos no tienen que mirar allende el océano, sino en dirección al norte» (20).

2. MEDICIÓN DEL BIENESTAR EUROPEO EN LA ERA POSTINDUSTRIAL

Los análisis subjetivos sugieren altos niveles de satisfacción personal en Europa, como lo indica el gráfico 2. El Eurobarómetro de abril de 2006 señaló que el 81% de los ciudadanos de la UE-25 se declara satisfecho de su vida, frente a un 19% que no lo está. Las encuestas periódicas sobre la satisfacción personal muestran que los más altos niveles de satisfacción se refieren a la familia, el hogar, la vida social y las relaciones con los amigos y colegas. Pero la satisfacción con los vecinos, la salud y el trabajo sólo va ligeramente a la zaga.

La satisfacción personal es máxima en Dinamarca, Luxemburgo, Suecia, los Países Bajos e Irlanda. En la UE-15 es mínima en Grecia, Italia y Portugal. Es considerablemente inferior en la antigua Alemania Oriental en comparación con la Occidental, y en los nuevos Estados miembros es trece puntos porcentuales inferior por término medio a la de la UE-15. Es significativo que Bulgaria y Rumanía sean los dos únicos nuevos Estados miembros con más personas descontentas que satisfechas de las vidas que llevan.

Según el Informe sobre la Situación Social en Europa, la única medida significativa que hace bajar la medida de la satisfacción personal se refiere a la «situación financiera» del individuo. En relación con ésta, un 68% se declara satisfecho. De manera significativa, ese porcentaje se reduce al 17% para los que se declaran descontentos con su vida. Cuanto más pobre es el país, más probable es que la «situación financiera» del individuo afecte a su satisfacción personal.

La satisfacción personal no es en absoluto lo mismo que la felicidad. Pero, en comparación con la mayoría del res-

to del mundo, los europeos parecen ser felices. ¿Cuáles son las características de las personas felices? El Atlas de Valores Europeos sugiere que las personas casadas, las que viven juntas y las no casadas son considerablemente más felices que las separadas, divorciadas o enviudadas; que las de menos de 45 años de edad son un poco más felices que las de más de 45 años; y que las mujeres sin hijos son ligeramente más felices que las que los tienen, mientras que con los hombres sucede lo contrario. Y estos contrastes se suelen mantener independientemente de que los países sean ricos o pobres.

Por otra parte, el dinero parece tener cierta importancia. En los generalmente «felices» países del Benelux, el 53% de las personas con salarios altos se declara feliz, frente a sólo el 32% de las personas con salarios bajos. Comparando los Estados miembros, el número de personas que se declaran muy felices (superior al 40%) es máximo en Irlanda del Norte, los Países Bajos, Dinamarca, Irlanda y Bélgica (todos los cuales, en términos generales, son pequeños Estados prósperos de bienestar), mientras que en toda Europa Central y Oriental no llegan al 20%, como también ocurre, curiosamente, en Alemania, España y Portugal (21).

Las encuestas subjetivas sobre la satisfacción y la felicidad personal ofrecen, sin embargo, ciertos inconvenientes como instrumentos de análisis social. La capacidad de ser feliz es tanto un factor innato («que se halla en nuestros genes») como dependiente de nuestra situación social, y ello puede explicar en parte por qué, al menos en los países ricos, las medidas subjetivas tienden a cambiar muy poco a lo largo del tiempo. También las expectativas individuales de felicidad y satisfacción están condicionadas por las sociedades en las que viven las personas: un mejor conjunto de medidas sociales podría hacer que las personas gozaran de más satisfacción y más felicidad sin ser conscientes de ello. Tal como ha señalado el economista y teorizador social Amartya Sen, algunos esclavos eran felices porque no podían imaginar una vida en libertad, pero éste es difícilmente un argumento aceptable en favor de la esclavitud.

Existe una enorme documentación académica sobre la medición del bienestar y la «calidad social», y este trabajo es apoyado por organismos internacionales como la ONU, el Banco Mundial y la OCDE (22). Las cuestiones planteadas serán objeto de un estudio más detallado por la OAPE.

Los economistas han intentado ajustar los datos del PIB para medir el bienestar. Se pretende a menudo demostrar que unos niveles de PIB más altos en Estados Unidos que en Europa no implican necesariamente unos niveles de

(19) *Atlas de Valores Europeos*, op. cit., p. 108.
(20) *Op. cit.*, p. 128.

(21) *Atlas de Valores Europeos*, op. cit., pp. 116-118.
(22) STEFAN BERGHEIM, de Deutsche Bank Research, redactó una útil nota recapitulativa, *Measures of Wellbeing* (septiembre de 2006). Véanse también ROMINA BOARINI, ASA JOHANNSON y MARCO MIRA D'ERCOLE (2006): «Alternative Measures of Well-being», *Documentos de trabajo de la OCDE sobre asuntos sociales, empleo y migración*, núm. 33.



bienestar más altos. Entre las razones para descontar una parte del PIB de EE.UU. suelen incluirse los mayores gastos de calefacción central y de aire acondicionado debidos al clima más extremado; los viajes en coche requeridos por la falta de alternativas de transporte público; unos gastos muy superiores a los europeos en lo tocante a las prisiones, la policía y el sumamente discutido (y, para algunos, deficiente) sistema judicial penal; los costes judiciales debidos a unas relaciones menos basadas en la confianza; y la ineficacia del sistema sanitario de EE.UU. (23).

Los analistas de la política social han buscado indicadores mensurables de los avances sociales. Por ejemplo, el Índice de Desarrollo Humano de la ONU, compuesto por el PIB, la escolarización y la salud, es un instrumento útil para la medición del avance relativo de los países en desarrollo. Sin embargo, no tiene mucho valor para comparar los países desarrollados.

En la UE, un planteamiento basado en indicadores ha sido aceptado por los Estados miembros como parte de la supervisión de la inclusión social. En la Comisión, la DG Investigación ha apoyado el proyecto de la Fundación Europea de Calidad Social para examinar la viabilidad de la creación de indicadores sociales de calidad. Hasta el momento ello ha llevado a un listado completo de indicadores realizado por los investigadores bajo las cuatro rúbricas de seguridad socioeconómica, cohesión social, inclusión social y capacitación social (24). Por supuesto, la definición exacta de los indicadores es muy discutible. Por dar un ejemplo, al evaluar la seguridad socioeconómica y la dimensión crucial que en ella tiene el empleo, ¿es la seguridad jurídica en el empleo actual lo que importa, o la posibilidad de futuros empleos? Tampoco puede hacerse caso omiso de las cuestiones de sostenibilidad.

El presente documento adopta un planteamiento más global y selectivo. Una medida sencilla del bienestar humano puede venir dada por el número de «años felices de vida» de que disfrutan los ciudadanos (25): una combinación del disfrute subjetivo de la vida con su duración objetiva.

Tanto en las evaluaciones subjetivas de la felicidad como en el hecho objetivo de la esperanza de vida, los europeos pueden mostrarse optimistas. Los más avanzados de nuestros Estados miembros tienen un alto nivel de felicidad. En la UE-15, el siglo XX experimentó el mayor avan-

(23) Véase ANDREA BOLTHO (1993): *What is wrong with Europe?*, que reduce el PIB de EE.UU. en un 7-8%. Véase también ROBERT J. GORDON (julio de 2006): *Issues in the Comparison of Welfare between Europe and the United States*, Instituto de Verano de Venecia, que concluye que el PIB per cápita infravalora el bienestar europeo en relación con EE.UU. en alrededor del 44% de la diferencia entre la UE y EE.UU.

(24) LAURENT, J. G. VAN DER MAESEN y ALAN C. WALKER: «Indicators of Social Quality: Outcomes of the European Scientific Network», en el *European Journal of Social Quality*, volumen 5.

(25) Para este concepto estamos en deuda con varios documentos del experto holandés RUUT VEENHOVEN (abril de 2004), particularmente «Subjective Measures of Well-being», United Nations University. *Documento de trabajo*, núm. 2004/07.

ce de la esperanza de vida registrado en toda la Historia humana:

- La esperanza de vida en el momento del nacimiento aumentó de 43,5 años para los hombres y 46,0 años para las mujeres al final del siglo XIX a 75,4 años y 81,4 años al final del siglo XX.
- La esperanza de vida ha aumentado de manera constante una media de 8 años desde 1960.
- Para 2050 las proyecciones prevén una esperanza de vida de 82,3 años para los hombres y 87,4 años para las mujeres.

El aumento de la esperanza de vida en la Europa Occidental del siglo XX ha supuesto una realización social extraordinaria. A principios de siglo, gran parte de esta mejora se debió al retroceso de la mortalidad infantil. A mediados de siglo se produjo el descubrimiento de la penicilina, la eliminación de la extrema pobreza gracias al Estado de bienestar, la mejora de la comida y la alimentación, y la práctica desaparición de enfermedades de elevada mortalidad, como la tuberculosis. Más recientemente, hemos visto una gran reducción de muertes prematuras causadas por los ataques al corazón, los ataques de apoplejía y los cánceres.

¿Qué significa esto? A diferencia de lo que ocurría en la Europa del siglo XIX, la muerte ya no es omnipresente en el hogar. Un número mucho menor de adultos fallece en la flor de la edad. Las secuelas emocionales y materiales de la viudez o de la orfandad, antaño corrientes, son actualmente muchísimo menos frecuentes.

EE.UU., por el contrario, considerando su riqueza, tiene una esperanza de vida inferior, no superior a la media de la UE-25, que se ve reducida por una esperanza de vida relativamente más baja en los nuevos Estados miembros. En 1980, EE.UU. ocupaba la decimosexta posición mundial, y en 2000 ocupaba la vigesimoséptima, detrás de Grecia y de Costa Rica, en la evaluación realizada por el Banco Mundial de los Indicadores de Desarrollo de 1980 (173 países) y 2000 (191 países).

Pero, ¿cuáles son los factores que podrían hacer que nuestras vidas fueran aún más largas y más felices? Esto es lo que examinamos en las restantes secciones del presente documento.

3. PROBLEMAS DE CARA A AUMENTAR LA CALIDAD SOCIAL

3.1. Oportunidades de empleo

Además de una relación satisfactoria a largo plazo, disponer de un empleo, ya sea por simple deseo o por necesidad, reviste una importancia crucial de cara a la satisfacción personal. Europa ha avanzado mucho en este sentido con relación al pasado reciente. La tasa de empleo se

ha incrementado en aproximadamente un 4% desde 2000, especialmente entre los trabajadores de mayor edad, pero, al hallarse en un 64,7%, todavía está por debajo de la meta del 70% de la Estrategia de Lisboa para 2010. La posición general ha mejorado en Italia y España, y en Francia entre los trabajadores de más edad.

No obstante, el desempleo sigue constituyendo la principal preocupación política en la gran mayoría de los Estados miembros: aquí hay un marcado contraste con el Reino Unido, donde una reciente encuesta MORI dio al desempleo el 10.º lugar, con un porcentaje de sólo un 21%, en una clasificación de los temas que podrían ayudar a la gente a decidir a qué partido votar en las próximas elecciones. Sin embargo, el Eurobarómetro indica regularmente que alrededor del 50% de los ciudadanos europeos considera el desempleo como uno de los dos problemas más importantes a los que se enfrenta su país, más del doble que otros problemas, como la delincuencia, la atención sanitaria y la inmigración.

Algunas regiones y grupos siguen viéndose particularmente afectados por el desempleo:

- El paro juvenil del 18,7% en la UE es el doble de la tasa de desempleo global. Es superior al 20% en Francia, Italia y España, y gira en torno al 40% en Polonia. Es considerablemente más alto para las mujeres que para los hombres en Francia y en Europa meridional.
- Las tasas de desempleo varían mucho más *dentro* de la mayor parte de los Estados miembros que entre ellos. En 2003, el 11% de la mano de obra de la UE-15 (más de 19 millones de personas) vivía en regiones con un desempleo de más del 15%. En cambio, menos de un millón de personas en Estados Unidos viven en condados con el mismo nivel de desempleo: este contraste es un llamativo ejemplo del impacto de los diversos sistemas de asistencia social y de las actitudes frente a la movilidad (26).
- De las personas de edades comprendidas entre 55 y 64 años, más del 40% de los hombres y casi el 60% de las mujeres han abandonado el mercado laboral. Comparando 1971 con 1999, la tasa de empleo para los hombres de edades comprendidas entre 55 y 64 años cayó del 73% al 39% en Francia, del 77% al 48% en Alemania, del 79% al 49% en los Países Bajos, del 82% al 62% en Portugal, del 83% al 52% en España, del 83% al 67% en Suecia y del 83% al 59% en el Reino Unido: en resumen, este coeficiente ha disminuido mucho en la mayor parte de los Estados miembros de la UE-15 y radicalmente en algunos de ellos (27).

(26) J. F. KIERKEGAARD (marzo de 2005): *Outsourcing and Offshoring: Pushing the European Model over the Hill, rather than over the Cliff*, Instituto Internacional de Economía.

(27) ANNE-MARIE GUILLEMARD (enero de 2001): «Continental Welfare States confronted with the end of career inactivity trap», *Programme for the Study of Germany and Europe, Working Paper*, 01.5, Universidad de Harvard.

La concentración de una alta tasa de desempleo y una baja actividad en regiones particulares y en cualquiera de los dos extremos de la gama de edades sugiere que en muchos Estados miembros hay fuertes obstáculos institucionales a la igualdad de acceso a las oportunidades de empleo. Superar estas barreras y aumentar los niveles de empleo sigue siendo fundamental en términos de justicia social. Disponer de un empleo posee una importancia comprobada para la percepción individual de la satisfacción personal y la felicidad. También moviliza la riqueza inactiva (*y el bienestar*) de la sociedad creando un potencial que puede utilizarse para hacer frente a los restantes desafíos sociales resumidos en el presente documento.

3.2. ¿Está satisfecha la gente con el empleo de que dispone?

Los resultados de la encuesta sugieren que la mayoría de las personas están satisfechas con su empleo, incluso cuando disponen de poco dinero. El 84% se declara muy satisfecho o bastante satisfecho con sus condiciones laborales.

Es bien sabido que los europeos trabajan pocas horas. Las horas anuales trabajadas por empleado eran como media 1.552 en 2004, frente a la cifra de 1.817 de EE.UU., seis semanas anuales menos sobre la base de una semana de 36 horas. En 1960 la situación era la inversa: los europeos trabajaban 2.082 horas anuales y los estadounidenses 2.033 horas (28).

Al mismo tiempo, las condiciones laborales de la UE no han dejado de mejorar. Entre 1994 y 2004 el índice de incidencia de los accidentes mortales disminuyó un 38% y el de los accidentes que producen una ausencia de más de 3 días de trabajo disminuyó un 29%. Sin embargo, alrededor del 28% de la mano de obra europea considera que su salud está en peligro a causa del trabajo o declara que está sufriendo problemas sanitarios (no debidos a accidentes) causados por el trabajo o agravados por su actual o su anterior empleo (29). Muchos trabajadores siguen considerando que su trabajo ha perdido interés, perjudica a su salud o no es satisfactorio. ¿Cuáles son los factores que llevan a este estrés?

La Fundación Europea para la Mejora de las Condiciones de Vida y de Trabajo señala un aumento en la intensidad del trabajo, denuncias por dolores de espalda y musculares, así como estrés. La intensidad de la preocupación de los empleados por la salud y la seguridad en el trabajo y la proporción de trabajadores que dicen tener un horario de trabajo incompatible con la vida familiar y social están estrechamente correlacionadas con el descontento en el trabajo (30). El estrés en el trabajo puede contribuir a los

(28) ROBERT J. GORDON, *op. cit.*

(29) *Work and health in the EU: a statistical portrait*. ISBN 92-894-7006-2.

(30) *Industrial Relations in Europe*, p. 166.



altos índices de bajas por enfermedad, que son un problema en muchos Estados miembros, incluida Suecia.

¿Cómo se explica que estas percepciones negativas del trabajo no hayan cambiado a pesar de la reducción del tiempo de trabajo, una mayor seguridad y una disminución del trabajo manual? El cambio económico estructural está dando lugar a la necesidad de una mano de obra más competente con niveles de formación más elevados; puede estar obligando a efectuar cambios en la organización, el contenido y el ritmo de trabajo, y exigiendo una continua reestructuración de las empresas. Es necesario comprender mejor los factores que subyacen en estas presiones.

Un factor podría ser el aumento en la inseguridad del empleo. Alrededor del 16% de la mano de obra europea es independiente, incluidos muchos pequeños agricultores: fuera de la agricultura el porcentaje es de alrededor del 13%, aproximadamente el doble de la proporción en Estados Unidos. El trabajo independiente es frecuente entre los trabajadores de más edad que trabajan como comerciantes individuales en actividades de venta al por mayor, venta al por menor, reparación, construcción y servicios empresariales. Esta proporción se mantiene estable y no indica necesariamente estrés o inseguridad.

El trabajo a tiempo parcial supone el 18% de todos los empleos europeos en la UE y afecta particularmente a las mujeres. Los empleos a tiempo parcial pueden ser populares cuando ayudan a reconciliar en los hogares en los que trabajan los dos miembros de la pareja la vida profesional con las exigencias del cuidado de los hijos, pero esta popularidad está condicionada socialmente, porque el trabajo a tiempo parcial es mucho menos frecuente cuando el cuidado de los hijos es más completo, como en los países nórdicos, y la legislación en materia de empleo es más favorable a la familia. Solamente el 18% de los trabajadores a tiempo parcial de la UE-15 dice trabajar a tiempo parcial involuntariamente, aunque el nivel de quejas es más alto en Francia: dado que en Francia se dispone de un mejor servicio de cuidado de los hijos, el trabajo a tiempo parcial no es percibido automáticamente como la mejor manera posible de reconciliar el trabajo y la vida familiar. El trabajo a tiempo parcial es mucho menos común en algunas partes de Europa meridional, donde la ausencia de opciones de trabajo a tiempo parcial puede aumentar el estrés derivado de la gestión del trabajo y la familia, y disminuir el bienestar.

Una causa más obvia de inseguridad es el número cada vez mayor de empleados (alrededor del 14%) con contratos de duración determinada. Éstos se reparten ampliamente por la gama profesional y no se concentran solamente en los empleos escasamente pagados. Más de la mitad de los trabajadores con contratos de duración determinada habrían preferido un empleo permanente si hubieran podido obtenerlo. Los contratos de duración determinada representan un 20% de los empleos en Portugal y un tercio en España, y han aumentado rápidamente en algunos nuevos Estados miembros: en Polonia ya son más de un 25% de todos los empleos. También en Alemania

se ha producido un crecimiento del trabajo a tiempo parcial y de los empleos atípicos no sujetos a las reglas normales del sistema de seguridad social.

Este crecimiento del empleo atípico, así como los altos niveles de desempleo entre los trabajadores jóvenes y los de edad más avanzada, es indicativo de los mercados laborales que funcionan a dos velocidades, con considerables divisiones entre «los integrados» y «los no integrados». Una pregunta, que aún no ha recibido respuesta, relativa a la necesaria reforma del mercado laboral en muchos Estados miembros, es cómo cambiar las formas de protección del mercado laboral para que, en vez de limitarse a garantizar la seguridad de un núcleo de la mano de obra, ofrezcan una auténtica oportunidad, combinada con «flexibilidad» a todos los trabajadores, tal como se afirma en el reciente documento de la Comisión sobre modernización del Derecho Laboral.

De manera más general, el cambio a la economía del conocimiento puede aumentar la impresión de inseguridad. Se pierden los viejos empleos y se crean nuevos empleos a un ritmo aún más rápido. Un Eurobarómetro mostró que, mientras que el 23% de los trabajadores jubilados y el 21% de los mayores de 55 años nunca habían cambiado de empresario, la cifra era solamente del 16% para todas las categorías de edad más jóvenes (31), cuando lógicamente la cifra habría sido más alta de no haber habido ningún cambio en la tendencia a cambiar de empleo. Algunos calculan que entre el 10% y el 15% de los empleos existente se renuevan cada año. Los «buenos» empleos industriales, a menudo en grandes empresas sindicadas, están desapareciendo y tienden a ser sustituidos por empleos de servicios de tipo «Big Mac», que son percibidos como empleos de escasa categoría o pocas perspectivas.

La sindicalización ha disminuido en la década pasada: en Gran Bretaña y Alemania, aproximadamente un 25%; en Italia y los Países Bajos, más de un 10%. En los nuevos Estados miembros, más de un 50%. Sólo en los países nórdicos se ha mantenido sin cambios. Constituye un grave problema para los sindicatos cómo atraer a los empleados de servicios del sector privado y de las pequeñas y medianas empresas, así como a los trabajadores más jóvenes.

A medida que Europa se va convirtiendo en una economía del conocimiento, y a medida que la mano de obra dispone de una mejor enseñanza y formación, la mayoría de los empleos deberán resultar más satisfactorios, más autónomos y menos rutinarios, más centrados en el trabajo en equipo y menos en la jerarquía. Ello deberá dar lugar a un cambio gradual de motivación, que pasará de ser interesada a ser intrínseca al trabajo. Las encuestas muestran que la gente con un nivel más alto de instrucción y de renta más alta tiene efectivamente una motivación más intrínseca, aunque la motivación interesada tien-

(31) Eurobarómetro Especial 261 (2005).

de a ser más importante para los jóvenes que tratan de hacer carrera y crear un hogar. Pero no todos los empleos pueden resultar intrínsecamente interesantes. Hay un problema de «consideración» en nuestras sociedades por los que ejercen empleos de escasa cualificación. Por ello, si bien la enseñanza abre cada vez más puertas a un empleo decente, este mensaje puede parecer sumamente preocupante para los grupos de la sociedad que han fracasado tradicionalmente en el sistema de enseñanza.

3.3. Acceso a las oportunidades de enseñanza

En la economía del conocimiento y de servicios, la enseñanza supone una enorme diferencia de cara a las perspectivas de empleo.

- Cuanto mayor acceso se ha tenido a la enseñanza, menos riesgo se corre de quedarse sin empleo. En 2004 la tasa de desempleo de los trabajadores de edades comprendidas entre 25 y 64 años con un nivel de enseñanza superior era sólo del 4,7% frente al 8,3% para quienes sólo habían recibido enseñanza secundaria, y frente al 11,2% para quienes no habían pasado de la enseñanza primaria.
- Las personas que tuvieron acceso a la enseñanza superior ganan el 120% de su media nacional. Sólo el 7% corre riesgo de pobreza frente al 20% de los que no pasaron de la enseñanza primaria.

En la antigua economía, los que abandonaban los estudios podían arreglárselas; en la nueva economía, ello supone una seguridad casi total de ser un perdedor en la vida. A pesar de cierta mejora reciente, una de cada seis personas de edades comprendidas entre 18 y 24 años no ha recibido aún ninguna forma de enseñanza ni de formación y ha abandonado la escuela. Aquí hay contrastes destacados entre los Estados miembros:

- El índice de abandono escolar es aproximadamente el 50% de la media de la UE en Austria, Dinamarca, Finlandia y Suecia.
- Gran Bretaña está en la media, junto con Francia; Alemania y otros 16 Estados miembros de la UE-25 están por debajo de la media.
- Lo que hace subir la media son unos resultados muy negativos en Europa meridional: Italia (22%), España (32%) y Portugal (39%).
- Los nuevos Estados miembros tienen resultados particularmente positivos: el 88% de sus ciudadanos de edades comprendidas entre 20 y 24 años ha acabado al menos la enseñanza secundaria, frente al 62% en España, el 73% en Alemania e Italia, el 76% en el Reino Unido y el 80% en Francia.
- En todos los países de la UE-25, los muchachos dejan la escuela antes que las muchachas.

En términos generales, las jóvenes generaciones están mejor cualificadas que sus predecesores: el 77% de los ciudadanos de la UE de edades comprendidas entre 20 y 24 años ha acabado al menos la enseñanza secundaria, frente a sólo el 57% de los ciudadanos de edades comprendidas entre 50 y 64 años. Pero, aun así, sigue habiendo un 23% de jóvenes que no ha acabado la enseñanza secundaria.

Pese al camino que todavía le queda por recorrer, la Europa meridional ha tenido el índice más rápido de avance. Consideremos las personas que han acabado la enseñanza secundaria. Si se comparan las personas de edades comprendidas entre 50 y 54 años con las personas de edades comprendidas entre 25 y 29 años, Portugal subió del 12% al 32%; España, del 19% al 58%; Italia, del 30% al 58%, y Grecia, del 32% al 70%.

Sin embargo, en algunos Estados miembros, los resultados de la enseñanza parecen estar estancados o incluso empeorar (32). Menos jóvenes acabaron los estudios secundarios en Francia y Suecia en la década de los noventa que en la década de los ochenta. Las cifras para Dinamarca, Alemania, Irlanda, Polonia y el Reino Unido muestran un escaso avance, como lo indica el gráfico 3.

El número de titulados universitarios se está incrementando en la mayor parte de los Estados miembros, si bien, entre las dos décadas, el número de personas que acabaron los estudios superiores disminuyó en tres Estados miembros: Austria, la República Checa y Alemania, como lo indica el gráfico 4.

Otra preocupación viene dada por ciertos indicios de que los jóvenes europeos que van a la Universidad rehúyen los temas técnicos difíciles como las matemáticas, la física y la ingeniería, quizás porque los beneficios financieros de la economía del conocimiento les parecen más fácil de obtener en otros campos menos exigentes.

Los recursos dedicados a la enseñanza pueden ser un problema en algunos Estados miembros. Ello es particularmente cierto en las universidades en las que el número de estudiantes ha aumentado enormemente, la financiación pública no ha mantenido el ritmo necesario y se ha producido una fuerte resistencia a los derechos de matrícula. Los índices decrecientes de natalidad pueden permitir que se incremente el gasto de enseñanza per cápita, pero Europa corre un grave riesgo de que la presión sobre el gasto público derivada del envejecimiento de la población se imponga a la inversión necesaria en la enseñanza para garantizar el acceso y la oportunidad en la sociedad de conocimiento.

Los sistemas escolares en Europa se diseñaron para la relativa homogeneidad y el orden social de la sociedad in-

(32) FRANS VAN VUGHT (septiembre de 2006): *Youth, Education and the Labour Market*, CHEPS Center for Higher Education Policy Studies), Universidad de Twente, Enschede, Países Bajos.



dustrial de la posguerra. Muchas ciudades se enfrentan ahora al desafío de las diversidades étnicas y lingüísticas, a la vez que algunos Estados miembros tienen que hacer frente al impacto del «éxodo de la población blanca», que los Países Bajos reconocen abiertamente como un importante problema (33). Por otra parte, las escuelas se han convertido actualmente en una fuente de muchos de los males de la sociedad: en algunas vecindades tienen que cargar con las consecuencias de la disminución del papel de los padres, de los niños disfuncionales, de la enajenación cultural de la autoridad y de la falta de respeto. Al ser tan importante la enseñanza, los padres, naturalmente, buscan desesperadamente buenas escuelas para sus hijos, pero el ejercicio de esta legítima opción plantea un enorme desafío de cara a alcanzar unos niveles avanzados con carácter universal.

Algunos pesimistas sostendrán que en la sociedad de conocimiento una sección significativa de la población está condenada a aceptar una oferta en constante disminución de empleos no cualificados porque carece de capacidades para adquirir cualificaciones. Esto puede ser verdad en el caso de una pequeña minoría con auténticas dificultades de aprendizaje (a menos que la sociedad haga esfuerzos decididos para ofrecerle apoyo específico y facilitar su integración en el mercado laboral). Pero los hechos no justifican el pesimismo. Considérese el rendimiento comparativo de los Estados miembros de cara a lograr una capacidad básica de lectura en la escala PISA, internacionalmente comparable. ¿Por qué han podido los finlandeses reducir el número de alumnos sin capacidad básica de lectura al 5,7% (y al 2,4% en el caso de las muchachas), y los holandeses e irlandeses al 11%, cuando la UE en conjunto todavía tiene una inaceptable media del 19,8%? Estas cifras no pueden explicarse por diferencias de inteligencia, sino solamente por diferencias en el rendimiento de los sistemas nacionales de enseñanza, que en principio deberían ser capaces de aprendizaje y ayuda mutua (34).

3.4. Movilidad social: transmisión a las generaciones futuras de posibilidades de avance social

La mayoría de la gente piensa que nuestras sociedades han conocido una enorme movilidad social en las dos últimas generaciones como consecuencia del desarrollo masivo de la enseñanza y de los cambios en la estructura profesional. Se trata de saber si en la próxima generación disminuirá la movilidad social.

(33) Véase SJOERD KARSTEN, CHARLES FELIX, GUUSVE LEDOUX, WIM MEIJNEN, JAPP ROOLEVELD y ERIK VAN SCHOOTEN (febrero de 2006): «Choosing Segregation or Integration: the Extent and Effects of Ethnic Segregation in Dutch Cities», por *Education and Society*, vol. 38, núm. 2. Su investigación muestra que un 25% de las escuelas de Amsterdam no es étnicamente representativo de las zonas a las que se supone debe atender.

(34) A este respecto nos llamó la atención un brillante documento de GÖSTA ESPING-ANDERSEN (abril de 2006): *Families, Government and the Distribution of Skills*, NETSPAR-CPB Conference.

La enseñanza es la puerta de entrada a la movilidad social. Sin embargo, la investigación muestra que el entorno familiar tiene importantes consecuencias para los resultados escolares. Esto se refiere más al capital cultural familiar que a su nivel de renta. El país en el que el rendimiento comparativo de las matemáticas y de las ciencias se ve más influenciado por los libros que se leen en el hogar es Inglaterra: el país en el que esta influencia es menor es Francia, lo que constituye un homenaje al sistema escolar francés, por su capacidad para contrarrestar los efectos del entorno familiar (35).

Pero esta tendencia disminuye en los niveles superiores del sistema de enseñanza. Si se compara la proporción de estudiantes que van a la universidad procedentes de hogares con títulos con la de los que proceden de hogares sin nivel de instrucción, hay una diferencia enorme que no puede explicarse por la inteligencia (36). En Francia la cifra para 1994-95 era del 66% frente al 20%; en Italia, del 60% frente al 18%; en los Países Bajos, del 40% frente al 18%; en Suecia, del 55% frente al 15%. El gráfico 6 ofrece cifras sobre los jóvenes que acceden a la enseñanza superior sobre la base del nivel de instrucción de sus padres.

El proceso de formación continua favorece también a los que ya poseen más instrucción, y esto tiene un efecto que refuerza las desigualdades de la enseñanza, como se demuestra en el gráfico 6.

Hay estudios que comparan el desarrollo de las vidas de los hijos nacidos a finales de la década de los cincuenta y el comienzo de la década de los sesenta. En términos de correlación con los ingresos de sus padres, dentro de Europa es el Reino Unido el que tiene la correlación más alta y los países nórdicos los que tienen la correlación más baja, hallándose Alemania en una posición intermedia (37). El cuadro 3 ofrece algunas cifras sobre estimaciones comparables internacionalmente de movilidad intergeneracional.

Hay también indicios de que en el Reino Unido la movilidad intergeneracional está disminuyendo. Los hijos nacidos en 1958 con padres en el cuartil superior de la distribución de los ingresos tenían una posibilidad del 35% de acceder a su vez al cuartil superior a la edad de 30 años. Pero, para los hijos nacidos en 1970, esta posibilidad era del 42%. Por el contrario, si se examina el cuartil inferior de la distribución de ingresos, los hijos nacidos en 1958 de padres situados en el cuartil inferior tenían una posibilidad del 31% de acabar allí a la edad de 33 años. Pero, para los nacidos en 1970, la posibilidad había aumentado al

(35) G. SCHEUTZ, H. URSPRUNG, y L. WOESSMAN (2005): «Education Policy and Equality of Opportunity», *Documento de trabajo de CESifo*, 1518.

(36) STEPHEN MACHIN (2006): «Social Disadvantage and Educational Experiences», *Documentos de trabajo de la OCDE sobre asuntos sociales, empleo y migración*, fig. 2, p. 12.

(37) JO BLANDEN, PAUL GREGG y STEPHEN MACHIN (abril de 2005): *Intergenerational Mobility in Europe and North America*, LSE Centre for Economic Performance.

38% (38). Es importante determinar si hay pruebas de que disminuya la movilidad intergeneracional en otros Estados miembros.

Algunos especialistas en ciencias sociales creen que dicha disminución bien puede ser una característica de las sociedades modernas, dada la importancia cada vez mayor de la enseñanza en las oportunidades personales, el incremento de la tendencia a que las personas con un alto nivel de enseñanza se casen o se unan, y el mayor tiempo que los padres directivos de empresa dedican hoy día a sus hijos (39). Ninguna de estas tendencias es en sí misma indeseable, pero sugieren que en la economía del conocimiento, a menos que se creen mecanismos correctivos, nuestras sociedades pueden volverse más desiguales y polarizadas.

3.5. La demografía y el «envejecimiento de la población»

La reciente Comunicación de la Comisión sobre demografía resume el desafío en tres capítulos para Europa: la generación de la explosión de natalidad («baby boom») que está llegando a la jubilación, el aumento de la esperanza de vida y la caída del índice de natalidad, lo que contribuye a aumentar la dependencia entre la población activa y los jubilados.

Se prevé que la proporción de la población de la UE-25 de más de 65 años se incrementará del 15,7% en 2000 al 22,5% en 2025 y al 29,9% en 2050, contrastando con el 9,1% de un siglo antes, en 1950. Se espera que la proporción de los mayores de 80 años se triplique hasta llegar al 11,4% en 2050. En el cuadro 2 se indica el cambio previsto de los índices de dependencia. El envejecimiento de la población plantea importantes problemas de política general relativos a la sostenibilidad de las pensiones, los crecientes costes de la salud y del cuidado a los ancianos y la disminución del crecimiento potencial de Europa, al incrementarse la carga social. Según los mejores cálculos globales efectuados por el Comité de Política Económica y la DG ECFIN, se prevé que para 2030 los gastos públicos vinculados a la edad relativos a las pensiones, la salud y el cuidado a largo plazo se incrementarán del 17,9% del actual PIB al 20,4% en la UE-25 y al 20,7% en la UE-15. Para 2050 se incrementarán en un 1,8%. Entre los grandes Estados miembros hay una amplia gama de proyecciones. Si no cambian las políticas, los costes públicos de las pensiones se dispararán en España y caerán en picada en Polonia. En Italia se espera que los gastos públicos totales vinculados al envejecimiento aumenten más moderadamente (un 2,4% adicional del PIB) que en Francia (3,8%), Alemania (3,9%) y el Reino Unido (4,7%).

(38) BLANDEN, GREGG y MACHIN, *op. cit.*, p. 8.

(39) GØSTA ESPING-ANDERSEN, *op. cit.*, p. 13. Hace referencia a este respecto al trabajo de S. BIANCHI en *Demography*, 37 (2000) y en *Social Inequality*, editados por K. NECKERMAN (2004); y de M. DEDING y M. LAUSTEN (marzo de 2004): *Choosing between his and her time*, Instituto Danés de Investigación Social.

Frente a estos amenazadores desafíos económicos, la realidad social actual es que la tercera edad, al menos en la UE-15, puede esperar disfrutar de una jubilación larga y relativamente cómoda. Pero una minoría, principalmente de mujeres, tiene problemas de pobreza. El 16,6% de los mayores de 65 años de la UE todavía se cuenta entre los pobres; unos 12 millones de personas y más del 25% de los ancianos que viven solos son pobres. Dado que la pobreza se calcula como una medida relativa en cada Estado miembro, la incidencia de la pobreza en la tercera edad es más baja en algunos de los nuevos Estados miembros (por ejemplo, solamente el 6% en Polonia) que en Irlanda (44%), Grecia (33%), Portugal (30%), Bélgica (26%) y el Reino Unido (24%).

Un grupo mucho más amplio se ve afectado por problemas de soledad y de necesidad de cuidados. El 28% de las personas ya vive en solitario a los 70 años y la cifra es de más del 40% cuando alcanzan los 80 años. Entre un 33% y un 66% de los mayores de 75 años necesita ya alguna forma de cuidados, que varían entre los Estados miembros.

Esto supone una presión para la familia ampliada, que puede no ser capaz de soportar esta tensión. Al crecer la demanda de cuidados, se espera de los hijos de los muy ancianos (hijos que a su vez han alcanzado los 50 o los 60 años y tienen menos hermanos que puedan compartir la responsabilidad de los cuidados) que trabajen durante más tiempo para mejorar la sostenibilidad de la pensión. Es probable que esto constituya una nueva fuente de presión, principalmente en las mujeres de edad media más avanzada. Sin embargo, la mercantilización de los cuidados no es un sustituto que cubra las necesidades emocionales de la persona cuidada y del cuidador (40).

La familia ampliada es todavía fuerte en Europa meridional, donde casi un 20% de todos los hogares aún contiene tres generaciones, mientras que la cifra equivalente para Finlandia y Suecia es apenas superior al 1%. Pero, ¿podrá soportar mucho más tiempo las presiones de una jubilación más tardía y una mayor movilidad, la exigencia de igualdad de los sexos y el cambio de valores tendente a la individualización? Para cuidar a los ancianos es necesario un debate más profundo sobre las responsabilidades y los papeles relativos de la familia, la comunidad local y el Estado.

3.6. Vida familiar y bienestar

En la UE-15, el índice de natalidad se ha mantenido mejor y la participación de las mujeres en el mercado laboral es

(40) SUSY GIULLARI y JANE LEWIS (abril de 2005): «The Adult Worker Model, Gender Equality and Care», *Social Policy and Development Programme Paper*, núm. 19, Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social.



más elevada en los países en los que el acceso a la asistencia infantil es más fácil.

- En Francia, Bélgica y el Reino Unido la disminución de la tasa de fecundidad ha sido ínfima y se ha incrementado un poco en Luxemburgo y los Países Bajos.
- En los países nórdicos, la tasa de fecundidad se ha incrementado en Dinamarca y Finlandia, pero ha disminuido un poco en Suecia.

Estos Estados miembros poseen una mezcla variable de prestaciones por hijos, asistencia infantil y flexiseguridad para promover la disponibilidad del trabajo a tiempo parcial que parece permitir que las mujeres tengan más hijos con más facilidad. Los Países Bajos tienen el índice más alto de trabajo femenino a tiempo parcial de la Unión. Para los niños de edades comprendidas entre 0 y 3 años, los Estados miembros con el índice más alto de cobertura de asistencia infantil son Bélgica, Dinamarca, Francia, los Países Bajos y Suecia, todos ellos por encima del 35%. Los Estados miembros con los gastos públicos de guarderías más altos son Dinamarca (1,7% del PIB), Suecia (1,3%), Finlandia (1,2%) y Francia (0,7%), seguidos por Austria, Alemania y Grecia con el 0,4%. En la mayor parte de los demás Estados miembros la cobertura es desigual y los gastos públicos parecen ser mínimos (41). Esto sugiere con mucha claridad que las políticas públicas pueden influir en la fecundidad.

El hogar en el que trabajan los dos miembros de la familia tiende a ser cada vez más la norma social que determina las decisiones sobre la posibilidad y el momento de tener hijos. El lograr que este modelo de hogar funcione adecuadamente constituye ahora una cuestión fundamental de la política familiar en Europa. Todas las cuestiones relacionadas, como el equilibrio de la vida laboral y la distribución de responsabilidades en el hogar, son importantes en términos de estabilidad de relación, igualdad de sexos y paliación de la pobreza infantil. En particular, el problema plantea una cuestión de enorme importancia para la continuidad económica y demográfica de las sociedades europeas.

3.7. La pobreza y su impacto en el acceso a las oportunidades personales

Paradójicamente, dado el desafío que el presente documento acaba de exponer en materia de continuidad, en la UE los hogares con hijos disponen generalmente de menos ingresos que los hogares sin hijos. Sobre la base de datos equivalentes, dos adultos de menos de 65 años de edad que viven juntos sin hijos tienen unos ingresos medios aproximadamente un 25% superiores a la media.

(41) DG EMPL, *Reconciliation of Work and Family* (septiembre de 2005).

Y la pobreza afecta a los niños más que a cualquier otro grupo. Hay, por supuesto, un debate abierto sobre lo que debe entenderse por pobreza, y que afecta a las políticas que cabe diseñar para abordarla. Para muchas personas, la pobreza significa una forma de privación absoluta. Sabemos lo que es la pobreza cuando la vemos en la vida real o en nuestras pantallas de televisión en África y la India. Pero en la UE no hay un nivel absoluto de pobreza en todos los Estados miembros, aunque sabemos que en algunos de los nuevos Estados miembros, particularmente Bulgaria y Rumanía, hay un elevado nivel de privación absoluta en una cuarta parte como mínimo de la población. La medida de la pobreza utilizada por la UE es relativa: el 60% de los ingresos medianos equivalentes en cada Estado miembro en función de la dimensión de la familia. Una persona definida como pobre en Suecia puede tener más dinero en términos absolutos que una persona con ingresos medianos en Estonia. Más aún; es posible que una persona pobre contabilizada estadísticamente como tal en un Estado miembro como Irlanda, con unas condiciones de vida que mejoran rápidamente, no se considere pobre, dado que es muy posible que disponga de muchos más ingresos de los que tuvo en el pasado.

Con todo, no debe subestimarse la pobreza relativa, especialmente si es persistente. La pobreza relativa supone una incapacidad para participar en la sociedad de una manera que la mayoría de la sociedad considera evidente. Para un padre puede suponer el disgusto de no poder ofrecer a sus hijos lo que otras personas consideran normal. Para todos los «pobres relativos» puede suponer un aislamiento social de las normas y hábitos de la sociedad cotidiana.

Para todas estas cualificaciones, las estadísticas muestran que Europa tiene un grave problema de pobreza. Hay un total de 72 millones de ciudadanos de la UE-25 (el 15%) que corren riesgo de pobreza, y otros 36 millones al borde de ese riesgo (42). No menos del 50% de las personas que vivían en una familia con ingresos bajos tenían unos ingresos inferiores en más del 23% al umbral de pobreza. El cuadro 4 indica las «tasas de riesgo de pobreza» por tipo de hogar.

- De los 72 millones de pobres, 12 son de edad avanzada.
- Hay también una pobreza significativa, medida por las estadísticas de renta, entre los solteros de menos de 30 años que viven solos. Ésta se concentra en Europa septentrional; así, entre los menores de 30 años, el 37% en el Reino Unido, el 42% en Alemania y el 49% en los Países Bajos son considerados pobres. Pero esto viene a ser como una foto instantánea de la pobreza y nos dice muy poco sobre su dinámica. Cuando la pobreza es una experiencia a corto plazo importa menos que cuando es persistente. Una parte de los jóvenes solte-

(42) Utilizando un umbral de pobreza del 60% de la renta mediana. Si se fija el umbral en un 70%, el 15% pasaría a ser el 24%. *Situación social en Europa* (2004).

ros pobres son estudiantes y ex estudiantes que han dejado el hogar paterno, la mayoría de los cuales acabará por volar con sus propias alas.

- El 9% de la población de la UE, 35 millones de personas, ha vivido en una familia con ingresos bajos durante al menos dos de los tres últimos años. Esto incluye a muchos de los ancianos pobres.
- Con todo, el riesgo de pobreza se concentra en las familias con hijos. Casi el 20%, o 18 millones de los 94 millones de la UE de menos de 18 años, corre riesgo de pobreza, y a ellos tenemos que añadir a sus padres. Las tres últimas décadas han conocido un aumento generalizado en los índices infantiles de pobreza, que en todos los Estados miembros son más altos que los índices de pobreza de la población en su conjunto.

Los niños con más alto riesgo de pobreza viven en *familias monoparentales*. Estas constituyen solamente el 4,4% de todos los hogares de la UE, pero un 33% de ellas corre riesgo de pobreza. Con mucha diferencia, la proporción más elevada de hogares monoparentales en Europa se encuentra en el Reino Unido (un 8,4%). En el Reino Unido, los riesgos de la familia monoparental se ven agravados por los altos índices de embarazo durante la adolescencia, que afectan de manera muy negativa a las oportunidades personales y hacen que numerosos adolescentes abandonen la escuela. Solamente el 10% de las madres adolescentes recibieron enseñanza tras finalizar los estudios obligatorios, frente al 50% de las demás adolescentes (43).

La pobreza infantil es también frecuente en los *hogares sin empleo*. En la UE, el 10% de todos los niños viven en hogares sin empleo. De nuevo el Reino Unido tiene el más alto nivel registrado de cualquier Estado miembro: el 16,6% de los niños crece en hogares sin empleo. En el conjunto de la UE-15 el 60% de esos niños corre riesgo de pobreza. Pero en Bélgica, Alemania, Irlanda, Portugal y el Reino Unido el riesgo es superior al 70%.

El índice infantil de pobreza en las *familias numerosas* es también alto cuando las madres se ocupan de sus familias con dedicación completa y el padre, sostén económico de la familia, está mal pagado. Alrededor del 6% de todos los empleados de la UE-25 corre riesgo de pobreza. La pobreza en las familias numerosas suele concentrarse donde dichas familias son actualmente menos frecuentes: Grecia, Portugal, Eslovaquia y España. Los niños pobres suelen también vivir en hogares con padres que tienen un empleo inseguro, temporal y mal pagado, o bien son niños migrantes o pertenecientes a minorías étnicas, especialmente los romaníes.

Los niños pobres sufren una parte desproporcionada de las privaciones, las desventajas, la mala salud y los malos resultados escolares. Cuando crezcan, es más probable

que se vean sin empleo, obtengan empleos mal pagados, vivan en viviendas sociales, tengan problemas con la policía y corran un mayor riesgo de alcoholismo y drogadicción como adultos jóvenes. Por otra parte, en la mayor parte de los países, es probable que transfieran su escasez de oportunidades a sus propios hijos. Esto tiene un coste económico, social y político que en un mundo racional debe compararse con los gastos públicos de las intervenciones anticipadas (suponiendo que tales intervenciones puedan hacerse efectivas) para reducir los riesgos de futuros resultados negativos y de exclusión social (44).

Demasiados europeos en la UE-25 viven en la pobreza, están al borde de la pobreza y permanecen largo tiempo en la pobreza. Las encuestas de opinión pública sugieren que hay cierto deseo de cambio. El 40% de los europeos piensa que la pobreza es inevitable o consecuencia de la mala suerte, y el 18% la atribuye a la holgazanería, pero el 31% cree que refleja una injusticia (un 10% más en Francia y Suecia, y un 10% menos en el Reino Unido). Por lo que respecta a la pobreza de los niños, existe un vínculo comprobado con las oportunidades personales y el creciente riesgo de que las desventajas se perpetúen a través de las generaciones. La cuestión es: ¿qué mezcla de redistribución de los ingresos clásicos y de intervenciones específicas es la mejor para invertir estas tendencias?

3.8. ¿Es importante la desigualdad?

Mientras la pobreza relativa se reduzca en relación con la renta mediana, ¿importa que las rentas más altas se disparen? En otras palabras, ¿es importante en sí misma la desigualdad?

Los altos niveles de desigualdad y de pobreza van unidos. En Europa las sociedades más igualitarias tienen el menor número de pobres: las sociedades menos igualitarias tienen las máximas concentraciones de riesgo de pobreza. Si se mide la desigualdad por el coeficiente entre los ingresos del quintil superior y del quintil inferior, el Estado miembro con los máximos niveles de desigualdad en la UE-15 es Portugal (con un coeficiente de 7,2 frente a una media de la UE del 4,4), seguido por Grecia, España, Irlanda, Italia y el Reino Unido: éstos también resultan ser los Estados miembros con el máximo «coeficiente de riesgo de pobreza tras las transferencias sociales» (45). Entre los nuevos Estados miembros, los países con los máximos niveles de pobreza (Estonia, Letonia y Eslovaquia) son también los que tienen unos índices de desigualdad superiores a la media.

¿Qué sabemos sobre las tendencias de la desigualdad? El aumento masivo de la desigualdad en Estados Unidos

(44) Véase el reciente estudio de la OAPE (octubre de 2006): *Invertir en la juventud: desde la infancia hasta la edad adulta*.

(45) Las personas que corren riesgo de pobreza son como media el 16% en la UE, pero son el 20% en Portugal y Grecia, el 19% en España, el 21% en Irlanda, el 19% en Italia y el 17% en el Reino Unido.

(43) *National Child Development Survey*.



es claro e indiscutible. Pero en Europa, utilizando datos selectivos (46), las diferencias salariales (medidas por el coeficiente entre los ingresos de los deciles superior e inferior de la distribución de la renta) parecen haber aumentado entre 1980, más o menos, y el final de la década de los noventa en el Reino Unido, Alemania, los Países Bajos y Suecia. Sin embargo, han disminuido en Irlanda y Finlandia. Si se consideran los coeficientes Gini, que miden el grado en que se desvía la distribución de los ingresos de una hipótesis teórica de igualdad absoluta, una comparación de la fase intermedia de la década de los ochenta con la fase intermedia de la década de los noventa en los países seleccionados de la UE apunta hacia un considerable aumento de las desigualdades en Gran Bretaña, Italia, Austria y Bélgica; cierto aumento en Irlanda, Dinamarca, Alemania, Suecia y Finlandia; y cierta reducción en Francia, los Países Bajos y Luxemburgo.

Gøsta Esping Andersen cree que los jóvenes están sufriendo gran parte del impacto de esta creciente desigualdad, «enfrentándose a una erosión de salarios en todos los niveles de formación, mientras que se ven muy suprarrepresentados entre los desempleados y los que tienen contratos de empleo precarios y a corto plazo». Los datos de la OCDE indican una disminución del 7% en la renta disponible relativa de los jóvenes adultos, el 60% de los cuales están mal pagados en los Países Bajos, el Reino Unido y EE.UU., y el 40% en Francia y Alemania (47).

Estos datos sobre la desigualdad en Europa no son completos ni están normalizados, y no siguen ningún modelo coherente. Pero es claramente un mito creer que las desigualdades están aumentando solamente en el mundo anglosajón. Las encuestas sugieren que en muchos países europeos una clara mayoría de los ciudadanos cree que la diferencia entre ricos y pobres es demasiado grande.

La información recogida al azar sugiere que las rentas máximas se han disparado en algunos Estados miembros (48). Se paga actualmente al Presidente del Consejo de Administración de una empresa británica importante un sueldo cien veces superior al que cobran los empleados de la planta baja. Hace veinte años la cifra sólo era treinta veces superior. Estos hechos alimentan el debate y generan preguntas. ¿Está ello justificado por el hecho de que existe actualmente un mercado internacional para talentos superiores? ¿Salen perdiendo las empresas con sede en otros Estados miembros al no pagar tanto a sus Presidentes del Consejo de Administración?

El argumento clásico de Rawls es que la desigualdad es tolerable mientras las personas que viven en peores con-

diciones en la sociedad se benefician de los incentivos a una mayor creación de riqueza que se supone debe suministrar la desigualdad. Ésta es la clásica justificación progresista para cierto grado de desigualdad. Los teorizadores sociales más conservadores recalcarían también los beneficios para la cohesión social y la cultura derivados de un orden establecido de riquezas.

No obstante, tomando el argumento de Rawls como punto de referencia, la desigualdad es justificable en la medida en que ayude a generar riqueza adicional que pueda mejorar la posición de los más pobres en la sociedad. Los estudios sobre «¿Quiénes son los ricos en Gran Bretaña?» (que en relación con este tema concreto pueden no ser representativos de otros Estados miembros) sugieren un cambio producido a partir de 1979 en los orígenes de las grandes fortunas. En aquella época las grandes fortunas procedían predominantemente de las herencias. Actualmente, tres cuartas partes proceden de fortunas amasadas en la City, de fortunas creadas por personas que inician su propia actividad empresarial y de personas acaudaladas procedentes del extranjero que se establecen en el Reino Unido (49). Ello produce unos beneficios que afectan a toda la sociedad, y favorece la posibilidad de aumentar la ayuda directa a los más pobres como consecuencia de decisiones políticas tendentes a redistribuir la financiación de los gastos públicos, gracias a una mayor capacidad fiscal.

No obstante, el incremento de la desigualdad en Europa puede resultar preocupante para los rawlsianos por varias razones. En primer lugar, hay un intenso debate sobre la amplitud de la «filtración desde arriba» de la riqueza. En Estados Unidos hay actualmente claras señales de que los beneficios del reciente crecimiento económico han ido a parar en gran medida a los más acaudalados, particularmente al 1% de la cúspide. No está claro que este modelo vaya a repetirse en Europa. No obstante, es indudable que en algunos Estados miembros, por ejemplo Alemania, los salarios medianos se han comprimido en la última década.

En segundo lugar, si la consecuencia de las desigualdades existentes es perpetuar las desventajas a lo largo de las generaciones, entonces la sociedad saldrá perdiendo al disminuir la movilidad social y no desarrollarse plenamente todos los talentos de las personas. Éste es un punto particularmente crucial en la economía del conocimiento, cuando la capacidad de los padres para obtener ventajas educativas para sus hijos, por ejemplo mudándose a una zona con buenas escuelas, se vuelve más decisiva.

En tercer lugar, algunos especialistas en ciencias sociales creen (50) (por ejemplo sobre la base de comparaciones

(46) JOHN HILLS (octubre de 2004): *LSE Centre for the Analysis of Social Exclusion*, Ralph Miliband Lecture on Inequalities.

(47) GØSTA ESPING-ANDERSEN, *op.cit.*, p. 6.

(48) Hay ciertas pruebas empíricas que apoyan esto en L. KATZ y D. AUTOR, «Changes in the Wage Structure and earnings inequality», en *Handbook of Labour Economics*, editado por ASHENFELTER y CARD (1999), y en P. GOTTSCHALK y T. SMEEDING (1997): «Cross national comparisons of earnings and income inequality», *Journal of Economic Literature*, XXXV.

(49) *The Economist*, 21 de octubre de 2006, que cita el trabajo de PHILIP BERESFORD.

(50) Estos puntos de vista están brillantemente recogidos en *The Impact of Inequality*, de RICHARD WILKINSON (Routledge, 2005) y en AVNER OFFER, *The Challenge of Affluence* (OUP 2006).

entre diversos Estados de EE.UU. con diferentes niveles de desigualdad) que cuanto más desigual es una sociedad, más estrés psicosocial experimentará como consecuencia de la mayor inseguridad personal y de la pérdida de autoestima que la gente experimenta como consecuencia de haber perdido la batalla de la posición social. Así, en las sociedades más desiguales, los mayores problemas serán los de la inestabilidad de las relaciones, que influyen en las oportunidades personales de los hijos; el riesgo de drogadicción y enfermedades mentales; la propensión a la delincuencia; y el predominio de las enfermedades vinculadas, como el alcoholismo y la obesidad.

3.9. Acceso a una buena salud

El aumento de la esperanza de vida es una medida de la buena salud, pero puede que una mejor medida sea el número de años de vida «sana» de que disfruta la gente. Los «años de vida sana» son función tanto de la esperanza de vida como del número de años en que el pleno disfrute de la vida se ve impedido por enfermedades graves.

En la UE hay amplias variaciones en la esperanza de vida por Estados miembros y por categorías sociales. Entre los Estados miembros, por lo que respecta a los hombres, Suecia ofrece la cifra más alta, con 77,9; por lo que respecta a las mujeres, es España, con 83,7. Hay una relación relativamente fuerte entre el aumento de la renta nacional y la esperanza de vida. La cifra de España es mejor de lo que haría esperar su nivel de PIB, y la de Dinamarca es considerablemente peor. Hungría tiene las peores cifras tanto para hombres como para mujeres: 68,4 y 76,7, respectivamente. En Hungría el 40% de los hombres mueren antes de los 65 años, y la esperanza de vida de los romanos es diez años inferior a la media nacional.

Por lo que respecta a los años de vida sana, Italia va a la cabeza: el 92,2% de la vida para los hombres y el 89,7% para las mujeres. Finlandia va en última posición, con el 76,3% y el 69,1%, respectivamente. Para maximizar la buena salud, es claramente importante reducir los comportamientos poco sanos. Los daneses, por ejemplo, fuman mucho más que los suecos: el 34% fuman diariamente, frente al 18% de los suecos.

Los gastos de la atención sanitaria se han incrementado constantemente en toda la Unión durante las últimas décadas, a pesar de una desaceleración temporal del índice de crecimiento durante la década de los ochenta. El gasto total de la atención sanitaria en la UE oscila ahora entre el 5,0% del PIB en Letonia y el 10,9% en Alemania, pero las diferencias entre países en los niveles de gastos se están estrechando, reflejando quizás una «armonización de expectativas».

Muchos comentaristas expresan dudas sobre la capacidad de los países de la UE para mantener estos sistemas sanitarios bajo la presión del envejecimiento demográfico. Sin embargo, sólo se prevé que los gastos públicos de atención sanitaria aumenten entre el 1% y el 2% del PIB debidos al envejecimiento en la mayor parte de los Esta-

dos miembros entre hoy y 2050, una cantidad relativamente pequeña con respecto a los aumentos totales producidos desde 1950. Y si la proporción de la vida con buena salud puede mantenerse al aumentar la esperanza global de vida, estos costes adicionales podrían reducirse al 50%, recalando la importancia de centrarse en los años de vida sana.

Por otra parte, mejorar la calidad de la atención sanitaria ofrece un potencial de mejoras de una orden similar de magnitud a los aumentos proyectados debidos al envejecimiento. Hay amplias variaciones en los resultados sanitarios en la UE; por ejemplo, los índices quinquenales de supervivencia para el cáncer de vejiga oscilan entre el 78% en Austria y el 47% en Polonia y Estonia. Sin embargo, conseguir estos avances potenciales requeriría una apertura y cooperación entre los diversos sistemas sanitarios de los países de la UE mayores que las que existen actualmente.

Otro potencial para la mejora radica en la reducción del impacto de las desigualdades sociales en los resultados sanitarios. Un estudio reciente sobre la esperanza de vida en Italia concluyó que las regiones en las que la desigualdad de renta es alta, por ejemplo, Campania y Sicilia, tienen una esperanza de vida considerablemente más baja que las regiones en las que la desigualdad de renta es comparativamente baja, por ejemplo, las Marcas y Umbria. Por otra parte, los autores concluyen que la desigualdad de renta tiene un efecto independiente y más potente en la esperanza de vida que la renta per cápita y la enseñanza (51).

Del mismo modo en que las espectaculares mejoras de la salud en el siglo XIX fueron consecuencia de la sanidad pública y el saneamiento, actualmente se está prestando cada vez más atención a los vínculos existentes entre el medio ambiente y la salud, no sólo a los temas de calidad del aire y del agua, sino también a las consecuencias de la acumulación de productos químicos y sus efectos combinados, así como otros riesgos ambientales. Los últimos años han conocido una fuerte subida de las llamadas «enfermedades de la riqueza». Según una encuesta del Eurobarómetro, el 7% de los europeos había tomado medicamentos recetados en los últimos 12 meses debido a problemas sanitarios psicológicos o emocionales, y el 3% habían recibido psicoterapia en ese período (el 7% en los Países Bajos) (52). El Profesor Richard Layard cree que unos gastos modestos en la mejora de la salud mental (en especial mediante una mayor disponibilidad de terapia cognitivo-comportamental) tendrían una alta rentabilidad en términos de felicidad humana (53).

En cuanto a la obesidad, los riesgos sanitarios pueden ser tan altos como los del tabaco. Sin embargo, una en-

(51) ROBERTO DE VOGLI, RITESH MISTRY, ROBERTO GNESOTTO y GIOVANNI ANDREA CORNIA (2005): «Has the relation between income and inequality and life expectancy disappeared?», *J. Epidemiol. Community Health*.

(52) *Eurobarómetro especial sobre el bienestar mental* (junio de 2006).

(53) RICHARD LAYARD (2004): *Happiness*.



cuesta del Eurobarómetro mostró que el 50% de las personas de edades comprendidas entre 15 y 44 años no había realizado ninguna actividad física vigorosa en los siete últimos días y que el 40% ni siquiera había realizado una actividad física moderada como caminar durante más de 30 minutos (54). Cuando se trata del tabaco y la obesidad, así como de los costes que éstos imponen a los sistemas sanitarios, ¿qué papel debe desempeñar la responsabilidad personal?

Algunos expertos creen que estos problemas sanitarios han aumentado como consecuencia de las tensiones psicosociales que sufren las personas situadas en la base de la pirámide social en las sociedades modernas. Por ejemplo, el número de niños del Reino Unido con trastornos mentales pertenecientes a familias cuyos ingresos los sitúan en el quintil inferior es el triple que el de las familias situadas en el quintil superior (55). ¿En qué medida son las llamadas enfermedades de la riqueza verdaderas enfermedades de la desigualdad en las sociedades modernas?

3.10. Calidad de vida

Si se hubiera preguntado a los europeos occidentales en la época inmediatamente posterior a 1945 qué es lo que más les preocupaba de su calidad de vida, es probable que la mayoría hubiera respondido que la vivienda constituía una de sus principales preocupaciones, especialmente en las zonas urbanas. (En muchas zonas rurales la respuesta podría haber sido la falta de acceso a los principales suministros de agua y electricidad, que en las décadas posteriores fue solucionada con gran éxito por la expansión de los servicios públicos). Los efectos combinados de las destrucciones causadas por la guerra y la subsiguiente explosión demográfica provocaron una escasez de viviendas. A ello se añadió que gran parte de las viviendas que quedaban en pie eran insalubres y carecían de comodidades básicas. A lo largo del siguiente cuarto de siglo se produjo prácticamente en toda Europa una expansión del «alojamiento social» a escala masiva, como respuesta casi uniforme al desafío de la vivienda. Proporcionó hogares decentes a unos precios moderados que permitieron a la gente fundamentar en ellos su vida familiar, y se trató de un logro social considerable, pese a los posteriores problemas de degradación de los inmuebles y del extrarradio.

Hoy día, la prominencia de la vivienda como factor esencial de la «calidad de vida» es mucho menor, aunque sigue habiendo serios problemas de acceso a la vivienda en algunos Estados miembros o en regiones de rápido crecimiento de los Estados miembros (como Londres y el sudeste del Reino Unido o la región de Madrid en España), donde en los últimos años se ha producido una considerable inmigración. Los precios de las viviendas están

subiendo rápidamente y todavía ofrecen un riesgo potencial de grave problema social.

El 75% de los europeos viven ahora en zonas urbanas y se prevé que el porcentaje será del 80% para 2020. La urbanización se extiende activamente, con más rapidez que el crecimiento de la población. Se calcula que la superficie global de las zonas edificadas ha crecido un 20% en los veinte últimos años, mientras que la población de la UE sólo ha aumentado un 6% (56). El espacio habitable por persona se ha duplicado en la última mitad de siglo como consecuencia del alza del nivel de vida, la reducción de la dimensión de las familias y la creciente tendencia de los europeos a vivir solos. La mayor densidad de viviendas como consecuencia de urbanizaciones más densas y de viviendas más elevadas debería en principio poder contrarrestar el efecto de la urbanización en la utilización del suelo. Pero tan sólo en la última década la dimensión de la expansión urbana se ha incrementado en Europa el equivalente de tres veces la superficie de Luxemburgo. Esta tendencia ha sido particularmente marcada en los cuatro países beneficiarios del Fondo de Cohesión. La construcción de nuevas infraestructuras, como carreteras y servicios básicos, financiada en parte por los Fondos Estructurales, ha hecho posible la expansión de las viviendas fuera de las ciudades. Es muy posible que este modelo se repita a partir de ahora en los nuevos Estados miembros.

Las urbanizaciones de fuera de las ciudades ofrecen a las familias una mejor calidad de vida en un entorno más verde, espacioso y seguro. Los británicos son famosos por su atracción por los suburbios, pero los largos recorridos para ir al trabajo se han vuelto corrientes en las pequeñas ciudades, pueblos y «urbanizaciones verdes» que rodean a muchas aglomeraciones europeas importantes. Aunque quienes pueden acceder a estos privilegios se consideran a menudo afortunados, estas tendencias no mejoran necesariamente la calidad de vida del conjunto de la sociedad. La expansión urbana tiene como consecuencia la necesidad de utilizar más el coche para ir al trabajo, llevar a los hijos a la escuela, ir en coche a los centros comerciales situados fuera de las ciudades y visitar a parientes y amigos que viven lejos. Ello tiene a su vez como consecuencia una mayor congestión, que provoca pérdidas económicas, una mayor utilización de la energía, más emisiones contaminantes de la calidad del aire y de CO₂, que aceleran el cambio climático. Por otra parte, el aumento de la prosperidad sigue favoreciendo el aumento de la compra de automóviles, particularmente en los nuevos Estados miembros, que tienen que recuperar su atraso en este sentido. En consecuencia, se prevé que el número de kilómetros recorridos por carretera en las zonas urbanas crecerá no menos del 40% entre 1995 y 2030 (57).

A la vez que esta tendencia a la urbanización y el crecimiento del tráfico, se produce paralelamente una tenden-

(54) Eurobarómetro especial sobre actividad física (diciembre de 2003).
 (55) *Mental Health of Children*, UK Office of National Statistics (1999).

(56) *European Environment Agency Briefing «Expansión urbana en Europa»*, 4/2006.
 (57) *European Environment Agency Briefing*, 4/2006.

cia a la «hormigonización» de las costas europeas. Si se consideran las zonas situadas hasta 10 km de la costa, el porcentaje de las estructuras artificiales frente a los hábitats naturales y las zonas agrícolas ha aumentado (en los 17 Estados miembros para los que se dispone de cifras) en un 7,5% tan sólo en la década de los noventa (58).

El debate europeo sobre la calidad de vida está lleno de contradicciones y paradojas. El deseo comprensible de lograr un mejor entorno para vivir en él uno mismo y su familia acelera el ritmo de la expansión urbana y el daño ambiental a nuestras costas. Con todo, existe a la vez una auténtica preocupación a nivel general por los temas del medio ambiente y la «calidad de vida». Estas «preocupaciones posmaterialistas» adquirieron por primera vez importancia política en la década de los sesenta. Diferentes acontecimientos y causas llamaron la atención de la gente en diferentes Estados miembros en diferentes momentos. Entre los temas habituales estaban la tesis del «Club de Roma» de que la Tierra está llegando al límite de agotamiento de sus recursos naturales, minerales y energéticos; el reconocimiento de la rápida desaparición de la vida salvaje, los bosques y otros hábitats naturales del mundo; la constatación de que algunas de las repercusiones ambientales pasadas del crecimiento económico en términos de contaminación y residuos podían haberse evitado; la falta de fe en la ciencia y la idea de que los nuevos descubrimientos implicaban automáticamente un avance; y las crecientes protestas antinucleares.

Conforme los Estados miembros se enfrentaban a una creciente presión interior para que actuaran en relación con estos problemas crecientes de «calidad de vida», se alcanzó a nivel de la UE un consenso político de cara a incrementar considerablemente la actividad europea en el campo ambiental a partir de mediados de la década de los ochenta. Los resultados constituyen una enérgica refutación de los detractores de la UE. Consideremos las «lluvias ácidas» y el «agujero de la capa de ozono», dos de las mayores preocupaciones ambientales de la década de los ochenta. De 1990 a 2002, las emisiones de gases ácidos se redujeron en un 43% en la UE-15 y un 58% en la UE-10, lo que fue en un 50% consecuencia de la reducción de emisiones de los productores de energía, con reducciones superiores a la media en Alemania, el Reino Unido y Finlandia en la UE-15, y la República Checa, Eslovaquia y los Estados Bálticos en la UE-10. En cuanto a las sustancias que destruyen el ozono de la estratosfera, particularmente los clorofluorocarburos (CFC), tras el Convenio de Viena de 1985 y el Protocolo de Montreal de 1987, Europa redujo drásticamente su producción anual de CFC en la atmósfera, que pasó de un nivel de 460 en 1989 a estabilizarse en torno a 50 a mediados de la década de los noventa (59).

(58) *European Environment Agency Briefing sobre las costas europeas*, 3/2006.

(59) Los datos que figuran en este párrafo proceden de la publicación de la AGENCIA EUROPEA DE MEDIO AMBIENTE (2005): *El medio ambiente en Europa. Tercera evaluación*.

Los mismos éxitos registrados en la mejora del medio ambiental y de la calidad de vida pueden observarse en un amplio número de campos: la calidad del agua potable, la limpieza de los ríos y playas, el tratamiento de las aguas residuales, el reciclado y gestión de los residuos y la contaminación del aire. Ello no quiere decir que no queden avances por realizar. Por ejemplo, la calidad del agua ha mejorado debido a un mejor tratamiento de las aguas residuales urbanas, la introducción de detergentes sin fosfatos y la reducción de los abonos con fosfatos; pero los nitratos que acompañan a la agricultura intensiva siguen constituyendo un grave problema. Es posible que el acceso a los recursos hídricos en la Europa meridional se convierta en un problema acuciante como consecuencia del cambio climático. Igualmente, Europa sigue produciendo demasiados residuos, lo que plantea el problema de su exportación a zonas menos privilegiadas del mundo.

El reciente estudio temático de la Comisión sobre la calidad del aire sugiere que, para 2030, 311.000 personas habrán muerto prematuramente en Europa como consecuencia de la contaminación del aire, principalmente a causa de los óxidos de nitrógeno, el dióxido de azufre y las partículas existentes en el aire. La acción propuesta reduciría el nivel de muertes prematuras en unas 20.000 al año en relación con las previstas, aunque la tendencia sigue siendo a la alta. Las muertes debidas a la contaminación seguirán incrementándose como consecuencia del aumento de los niveles de emisión. Esta tendencia a la alta sólo se invertirá si la UE alcanza sus objetivos de cara al calentamiento global y si los agentes contaminantes del aire que acompañan a las emisiones de carbono se ven reducidos al mismo tiempo, particularmente por lo que respecta al tráfico por carretera.

El calentamiento global resultará ser uno de los principales desafíos económicos y sociales de Europa en las próximas décadas. Algunas personas se engañan pensando que el impacto del cambio climático en Europa será indirecto, con una creciente desertización de continentes como África y con una subida de los océanos que supondrá una amenaza para las islas y países de escasa altitud, como Bangladesh. Con arreglo a esta lógica, el cambio climático es considerado como una cuestión de desarrollo, del mismo modo que la pobreza en el mundo, centrándose la actuación de la UE en el riesgo de que el conflicto político y militar sobre el suministro de agua en el resto del mundo, la presión de las migraciones masivas y las consecuencias del trastorno económico tengan un impacto especial en Europa. Sin embargo, las consecuencias directas para Europa, sin llegar a ser catastróficas, podrían llegar a ser graves: la disminución del turismo de invierno con una menor previsibilidad de nevadas alpinas; insostenibles olas de calor e incremento del riesgo de incendios forestales en Europa meridional, con una disminución del turismo y las atracciones de la vida en la zona soleada; problemas para las zonas costeras del Báltico, el Mediterráneo y el Mar Negro; aumento de la frecuencia de lluvias intensas y riesgo de desbordamiento de los ríos en Europa septentrional; desaparición de los caladeros tradicionales de las aguas comunitarias; propagación de las enfermedades transmitidas por las garrapatas; y una ma-



por utilización potencial de la energía como consecuencia de una mayor demanda para el acondicionamiento de aire en el sur (60).

También hay que tener en cuenta la actual realidad política: si Europa no toma la iniciativa de cara al cambio climático, no es probable que lo haga nadie más en el mundo. No obstante, asumir esa iniciativa podría muy bien implicar un compromiso de cara a una reestructuración económica en Europa tan considerable como el paso de una producción en masa a una economía del conocimiento y de servicios. Por ejemplo, establecer tarificaciones para limitar las emisiones de carbono mediante intercambios de cuotas de emisión acabaría por influenciar profundamente el comportamiento de las empresas y de los consumidores. Como ocurre con otros ajustes económicos considerables, ello podría conllevar importantes consecuencias sociales.

El intercambio de los derechos de emisión de carbono es en principio una intervención no discriminatoria que garantiza que la cantidad total de emisiones industriales masivas de carbono pueda ser controlada y reducida, así como que el motivo de las emisiones de carbono tenga el máximo valor posible en el mercado. No obstante, el sistema de intercambio funciona en un mercado de la energía en el que las señales arancelarias ya se hallan muy distorsionadas como consecuencia de la intervención pública en apoyo de las tecnologías favorecidas. En 2001, los gobiernos de la UE subvencionaron la energía, directa e indirectamente, por un importe de más de 29.000 millones de euros. De ellos, sólo 5.300 millones de euros se dedicaron a las energías renovables, mientras que los combustibles sólidos recibieron 13.000 millones de euros, y el petróleo y el gas 8.700 millones de euros (61).

Aparte de la producción de energía, el sector de transporte es quien más contribuye a las emisiones de CO₂. El objetivo acordado por la UE es disociar la demanda de transporte y el crecimiento económico. No obstante, por el momento aún no se ha conseguido este importante objetivo. Dentro del mercado del transporte, el transporte por carretera y el transporte aéreo han seguido incrementándose a expensas del transporte por ferrocarril y del transporte por vía navegable, que son relativamente inocuos de cara al cambio climático. El transporte aéreo crece un 5% anual. En la década de los noventa se crearon en la UE 12.000 km de nuevas autopistas, cifra que podría incrementarse como consecuencia del aumento de los Fondos Estructurales con arreglo a la Perspectiva Financiera 2007-2013. Pese al éxito de la UE al reducir radicalmente los contaminantes en un porcentaje situado entre un 25% y un tercio como consecuencia del diseño de los vehículos y la regulación de las emisiones, el incremento

global del tráfico hizo aumentar las emisiones de CO₂ en un 20% (62).

La solución favorita de los economistas para este problema de excesiva utilización de los automóviles es la tarificación vial o alguna otra variante para las zonas urbanas, como las tasas por congestión. La lógica es indiscutible y su aplicación generalizada parece realizable gracias a los avances tecnológicos. No obstante, los ajustes sociales necesarios podrían ser considerables a la larga, sobre todo en lo referente a los empleos en la industria automovilística y sus proveedores, el modelo de los distribuidores y su cadena de suministro, y la necesidad de financiar una nueva generación de inversiones en infraestructura para ofrecer alternativas de transporte público frente a los automóviles. No menos importante es el riesgo de dificultades económicas para las familias dados los nuevos hábitats que se han desarrollado. Un crecimiento «inteligente» ecológicamente sostenible constituye una gran oportunidad económica para Europa, dadas nuestras bazas tecnológicas y necesidades globales, pero ello se traducirá en la «realidad social» en un nuevo modelo de «ganadores» y «perdedores», a no ser que los gobiernos tomen medidas para adelantarse al cambio.

3.11. Incremento de la delincuencia y de la inseguridad

La realidad y su percepción son difíciles de separar en relación con la delincuencia. Las definiciones de delincuencia varían, por lo que es difícil hacer comparaciones exactas entre los Estados miembros. Pero parece que la delincuencia en conjunto se incrementó en la UE-15 a partir de 1950. El índice de delincuencia se aceleró después de 1970, pero desde 1990 la delincuencia registrada ha permanecido bastante estable. En algunos países los índices de delincuencia han disminuido globalmente (incluyendo delitos corrientes, como el robo de coches y el robo en los domicilios), pero algunos tipos de delincuencia violenta han experimentado una preocupante subida.

Con arreglo a los niveles del resto del mundo, las sociedades europeas no son excesivamente violentas. En 1995 el asesinato redujo la esperanza de vida en 0,1 años en Europa Occidental (la UE-15 más Noruega y Suiza), y 0,4 años en la UE-8 y las antiguas zonas de la Unión Soviética, frente a 0,3 años en Estados Unidos (tres veces el índice de la UE-15), 0,6 en América Latina, y 0,9 en Rusia. El peor impacto en la esperanza de vida a nivel mundial se produce en Colombia: el asesinato reduce allí la esperanza de vida en 2,2 años (63).

No obstante, según el Eurobarómetro, la delincuencia suele ocupar el segundo o el tercer lugar de los proble-

(60) AGENCIA EUROPEA DE DESARROLLO: «Datos sobre el cambio climático en Europa», *Informe de la AEMA*, núm. 2/2004.

(61) «Subvenciones y fuentes renovables de energía en 2001», *Informe de la Agencia Europea de Medio Ambiente*, 2/2004.

(62) «Transporte y medio ambiente en Europa», *Informe de la Agencia Europea de Medio Ambiente*, 3/2004.

(63) RODRIGO SOARES (septiembre de 2004): *Welfare Cost of Violence*, University of Maryland.

mas más importantes para los países de Europa, en opinión de aproximadamente un 25% de los adultos. Las mujeres y los ancianos son los grupos demográficos con una mayor probabilidad de sentirse inseguros. Sin embargo, la posición varía mucho entre los Estados miembros. El Estado miembro en el que los ciudadanos están más preocupados por la delincuencia es Irlanda (54%), seguido por Chipre (49%), Estonia (48%), Letonia (43%), Reino Unido (41%), Dinamarca (34%), los Países Bajos (31%), Francia (28%) y Suecia (27%). La media es empujada a la baja por un nivel muy bajo de preocupación por la delincuencia en Alemania, con un 11%. Por otra parte, casi un 90% de los ciudadanos de la Unión considera que los problemas combinados de la delincuencia, el terrorismo y el tráfico de drogas son una de sus principales preocupaciones, y hay un deseo de que la UE desempeñe un papel más importante a la hora de atender a estas cuestiones.

Una elevada proporción de toda la delincuencia perpetrada en la UE se relaciona con la droga. Se delinque bajo la influencia de las drogas, para financiar la compra de drogas, como parte del funcionamiento de un mercado ilícito de drogas, o para frustrar la legislación antidrogas y la aplicación de la ley. En los cinco años anteriores a 2003, los delitos relacionados con las drogas aumentaron en la mayor parte de los Estados miembros y se duplicaron en Estonia y Polonia, si bien en 2003 la delincuencia vinculada a las drogas disminuyó en Austria, Bélgica, Hungría, Italia, Malta, Eslovenia y España.

La percepción de que está aumentando la delincuencia violenta, a menudo relacionada con las drogas, va unida a un incremento del comportamiento antisocial, es decir, de los delitos menores, como el vandalismo en las propiedades inmobiliarias o la extrema descortesía, la falta de respeto y la falta de consideración para con los demás. Los investigadores británicos ha comprobado que se trata de un importante problema social de justicia. Un 33% de personas con ingresos bajos, que viven en viviendas sociales o en los centros urbanos, se queja del comportamiento antisocial, frente a tan sólo un 5% de las personas que viven en barrios más ricos (64). La tercera edad considera dichos comportamientos particularmente perturbadores. Entre las personas de 65 años de edad o más, el 31% de la UE-15 y el 42% de los nuevos Estados miembros consideran que es inseguro caminar de noche por su barrio (65).

Las tendencias futuras de la delincuencia son difíciles de prever. La delincuencia cambia como la sociedad. Sin embargo, los cambios sociales, económicos y tecnológicos llevarán a una sociedad más diversa, más interconectada, mejor educada, más próspera y mejor informada, aunque con un mayor riesgo para las personas. La creciente circulación de personas, servicios, mercancías y

nuevas tecnologías aporta enormes oportunidades para la prosperidad y el crecimiento, pero puede también aportar nuevas oportunidades para perpetrar delitos.

El sistema de justicia penal se esfuerza por atender a estos problemas. En Europa, las estructuras y la calidad de la gobernanza en la justicia penal, al igual que en otros ámbitos, es una cuestión clave. La corrupción, que puede definirse en términos generales como el abuso de poder en favor de los intereses personales, socava la democracia y el Estado de Derecho porque produce en el público una pérdida de confianza en las instituciones públicas. El desafío estriba en demostrar a los ciudadanos el éxito de las estrategias innovadoras en materia penal, que pueden resolver tanto las causas de la delincuencia como la delincuencia misma.

3.12. Migración, diversidad étnica e integración

La migración ha formado desde hace tiempo parte de la experiencia europea. Las presiones que llevaron a la gran emigración al Nuevo Mundo también produjeron movimientos de población en Europa. Piénsese en los irlandeses en las Islas Británicas o en el carácter sumamente diversificado de grandes ciudades como Praga antes de la Segunda Guerra Mundial. La migración en Europa sigue siendo un fenómeno complejo y diverso.

- Los movimientos forzados de población al final de la Segunda Guerra Mundial incluyeron un importante establecimiento de rusos en Estonia y Letonia.
- Desde la década de los cincuenta hasta la primera crisis del petróleo en 1974, los países en auge de Europa Occidental buscaron inmigrantes para satisfacer la insaciable demanda laboral. Hoy día, los empleos escasamente cualificados para los que aquéllos fueron contratados en gran parte están desapareciendo rápidamente, aunque hay cierta escasez en algunos sectores, incluidos los altamente cualificados. El historial de los inmigrantes de la segunda y tercera generación en términos de adecuada integración en la economía del conocimiento (junto con otros muchos ciudadanos) es, en el mejor de los casos, desigual.
- La inmigración se reanudó en la década de los noventa, a consecuencia del crecimiento de la escasez de mano de obra. Aumentaron las solicitudes de asilo, inicialmente como consecuencia de la desintegración de la antigua Yugoslavia, al igual que la inmigración clandestina ilegal. Estas olas posteriores afectaron a los Estados miembros que tenían poca experiencia previa de la inmigración. En 2004, el 12% de la población de Suecia y el 6% de la de Dinamarca nació en el extranjero.
- Europa meridional se ha vuelto recientemente por primera vez un destino popular para los inmigrantes: Grecia para los Balcanes y Oriente Próximo; Italia para Albania y África del Norte; España y Portugal para Sudamérica y África. La inmigración legal neta total a la UE

(64) «Social Exclusion in the UK». Informe de la Unidad de estrategia del Primer Ministro (2005).

(65) ROBERT ANDERSON, *Quality of Life and Care for older people in Europe*. Fundación Europea para la Mejora de las Condiciones de Vida y de Trabajo.



ha sido de más de un millón y medio anual en los tres años anteriores a 2005.

- En los nuevos Estados miembros, en la antigua época comunista, muchas personas que querían abandonar su país se veían imposibilitadas para hacerlo. Tras la transición, la población, después de un período de disminución, está creciendo de nuevo, y desde la adhesión a la UE en 2004 los flujos migratorios han sido mucho mayores de lo previsto, aunque este significativo elemento puede ser temporal.

Las recientes olas migratorias están transformando muchas ciudades europeas. Más del 33% de la población de ciudades tan diferentes como Birmingham, Marsella y Malmö está compuesto por minorías étnicas (66). Según el organismo oficial neerlandés que se encarga de evaluar las tendencias sociales, la población «neerlandesa no nativa» de Amsterdam y Rotterdam era del 6% en 1973 y es actualmente del 34%, y se prevé que para 2020 será superior al 50%. Hoy día también hay concentraciones de neerlandeses no nativos en las otras dos principales ciudades de los Países Bajos, La Haya (30%) y Utrecht (20%). Esto contrasta con las cifras de la población «neerlandesa no nativa» del conjunto de los Países Bajos, que era del 9,7% en 2003 y se prevé que será del 14,1% en 2020 (67).

Existen importantes argumentos económicos en favor de la inmigración, pero en el presente documento procede recalcar sus beneficios sociales. La diversidad ha enriquecido culturalmente a Europa. Sólo hay que pensar en nuestra gastronomía, nuestra música y nuestros deportistas para reconocer este hecho. Y, por supuesto, la contribución social de los inmigrantes a la asistencia social de nuestras sociedades ha sido enorme (aunque ha sido a menudo silenciada), en los servicios de atención y en los empleos de servicios públicos esenciales que de otro modo no se habrían cubierto.

Para describir la actual realidad social de Europa, es también importante reconocer que desde la perspectiva de las comunidades de inmigrantes, muchos de los cuales son ahora ciudadanos de pleno derecho de los Estados miembros de la UE, el trato que reciben en nuestras sociedades deja mucho que desear. A pesar del avance en la lucha contra el racismo y la intolerancia, sigue habiendo enormes problemas de discriminación, desempleo y acceso a servicios públicos decentes, como vivienda, salud y buenas escuelas. Los problemas son particularmente agudos en el caso de los inmigrantes «sin papeles» que no figuran enteramente en las estadísticas y que son técnicamente «ilegales», y no existe consenso sobre cómo deberán ser tratados. Pero incluso entre las comunidades

(66) ALESSANDRA BUONFINO (2006): *Immigration and Integration*, The Young Foundation, Londres. El 16 % de la actual población de Birmingham y el 24 % de la de Marsella nace en el extranjero.

(67) MEROVE GIJSBERTS (septiembre de 2004): *Ethnic Minorities and Integration*, Oficina de planificación social y cultural, La Haya.

de inmigrantes que poseen un adecuado estatuto jurídico, muchos de los cuales son ciudadanos europeos, el nivel de desempleo puede ser alto y el de estudios es escaso (68). Por ejemplo, en los Países Bajos, el 66% del conjunto de la población adulta tiene un empleo, pero este porcentaje es sólo del 40% para los neerlandeses marroquíes. El 60% de los marroquíes sale de la escuela con pocas cualificaciones o ninguna, mientras que este porcentaje es sólo del 10% en el caso de los «neerlandeses nativos» (69). En Alemania, menos del 10% de los alemanes de origen turco entra en la universidad, frente al 40% en el caso de los «alemanes nativos». Incluso en Suecia, donde el sistema de enseñanza ofrece a los emigrantes de segunda generación un resultado semejante al de los «suecos nativos», a los miembros de las comunidades emigrantes les resulta mucho más difícil acceder a empleos decentes. Y en los nuevos Estados miembros hay una población nativa de por lo menos 10 millones de romanes que se ven desfavorecidos crónicamente. Por todas estas imperiosas razones, la UE ha desempeñado un papel directivo en la lucha contra la discriminación.

Pero la realidad social de Europa posee también otra cara aún menos aceptable que debe ser reconocida antes de poder ser remediada: los graves problemas de integración en la comunidad de acogida (70). El 25% de los ciudadanos de la UE-15 no admite que sea una buena cosa que una sociedad se componga de gente de diversas razas, religiones o culturas; el 48% cree que es mejor que casi toda la población de un país comparta costumbres y tradiciones; el 60% cree que hay límites por lo que respecta a la cantidad de gente de otras razas, religiones o culturas que una sociedad puede aceptar (71).

Las actitudes concretas varían entre los ciudadanos de los diversos Estados miembros, pero en el mejor de los casos la población mayoritaria se muestra cautelosa con los inmigrantes, y una minoría se muestra claramente hostil. Durante 20 años el 50% de los «neerlandeses nativos» mantuvo una actitud reservada u hostil de cara a la posibilidad de tener vecinos de diferente origen étnico: esta cifra disminuyó al 40% a mediados de la década de los noventa, para incrementarse a más del 55% posteriormente a Pim Fortuyn (72). La imagen que tienen los «neerlandeses nativos» de los musulmanes es generalmente negativa.

(68) GÖSTA ESPING-ANDERSEN, *op. cit.* cuadro 2, p. 10, cita datos para el déficit en el nivel de estudios entre grupos de inmigrantes de diversos Estados miembros (pero no todos). Ajustando el déficit «bruto» al sexo, a la enseñanza de la madre, a la categoría socioeconómica de los padres y al capital cultural familiar, muestra que el sistema de enseñanza estatal que peor funciona es el de Bélgica, seguido en orden de importancia por los Países Bajos, Alemania, Austria, Suecia, España, Finlandia, el Reino Unido, Francia y Dinamarca. El único Estado miembro en el que los inmigrantes tienen mejor rendimiento en este sentido que la población nativa es Irlanda, que tiene un nivel de rendimiento similar al de Estados Unidos.

(69) MEROVE GIJSBERTS, *op. cit.*

(70) Estos problemas se discuten más a fondo en el documento de la OAPE, «Migración y percepción por parte de la opinión pública», de MARCEL CANOY, RICKLEF BEUTIN, ANNA HORVATH, AGNES HUBERT, FREDERIC LERAI, PETER SMITH y MYRIAM SOCHACKI (octubre de 2006).

(71) *Eurobarómetro 138*, «Racismo y xenofobia en Europa».

(72) Véase el gráfico de la p. 34 de MEROVE GIJSBERTS <D>, *op. cit.*

Los británicos afirman ser más tolerantes con el Islam, pero se muestran muy resentidos ante lo que consideran un abuso del Estado de bienestar por parte de los solicitantes de asilo y otros emigrantes (73).

En toda Europa, quienes se muestran más preocupados por la integración son los ancianos (no los jóvenes), las personas menos instruidas, los trabajadores manuales y las personas con ingresos bajos. Estos grupos particulares consideran que la inmigración ha tenido un impacto adverso significativo en su bienestar: se trata de trabajadores poco cualificados que se enfrentan a una nueva competencia para los empleos que puede hacer bajar los salarios; de parejas jóvenes que quieren alquilar un piso en el centro urbano; de padres cuyos hijos frecuentan escuelas en las que se hablan muchas lenguas diferentes; de consultorios médicos atestados; de ancianos que viven solos y que experimentan dificultades para relacionarse con nuevos vecinos de culturas diferentes.

La gente está a menudo preocupada por la escala y la velocidad del fenómeno, y por el nivel de contacto personal con los inmigrantes. Las vecindades que ya son étnicamente diferentes tienden a tener una opinión más positiva de los inmigrantes que aquéllas en las que viven pocos inmigrantes. Es importante reconocer que estas actitudes existen, incluso cuando se basan en malentendidos y opiniones falsas, pero nunca deben constituir una justificación para el prejuicio o una excusa para exagerar el impacto de la inmigración en los problemas sociales preexistentes. Hay que reconocer los hechos y abordar directamente los problemas sin fomentar la histeria. Por ejemplo, la experiencia en países como Dinamarca muestra que unos buenos resultados económicos y un modelo de asistencia social que funcione adecuadamente no garantizan por sí mismos la integración inmediata de los inmigrantes y las minorías étnicas. Se requieren programas específicos de integración para los inmigrantes jóvenes en las escuelas y para combatir la discriminación. Las «minorías étnicas» ya no pueden ser tratadas como un bloque homogéneo. Por ejemplo, en Gran Bretaña los niños de origen indio tienen ahora mejores resultados escolares por término medio que los blancos, pero éste no es el caso por lo que respecta al término medio de los paquistaníes y bangladeshíes.

El desafío cultural es incluso mayor. En varios Estados miembros parece haber un consenso cada vez mayor sobre el hecho de que el aprendizaje de lenguas «nativas» debe ser una obligación social. Pero hay muchos puntos potencialmente críticos en relación con los valores y las costumbres. Episodios como el de las historietas danesas muestran el nivel de sensibilidad en juego. Hay conflictos potenciales sobre la actitud respecto a las mujeres, los matrimonios concertados, los pañuelos para la cabeza y la igualdad de los homosexuales, temas delicados que pueden constituir una acerba fuente de discordia. La necesidad de diálogo y de mutua comprensión es urgen-

(73) Encuesta MORI para el Ministerio británico del Interior (2006).

te, particularmente en lo tocante a los límites entre las creencias privadas y los derechos públicos, siempre en el contexto del respeto de los valores fundamentales y del Estado de Derecho.

Los terroristas que actuaron el 7 de julio en Londres sólo se habían integrado superficialmente como ciudadanos británicos. Los sentimientos de rechazo de la sociedad de acogida son sumamente complejos, pero es vital comprenderlos. No se trata de problemas de inmigración, sino de cuestiones sociales que se plantean entre los ciudadanos. La mayor parte de las sociedades europeas se han mantenido hasta hace poco alejadas del debate sobre las obligaciones de la ciudadanía, tanto por lo que respecta a los inmigrantes y a las minorías étnicas, por una parte, como por lo que respecta a la población nativa, por otra. Son necesarias la comprensión, la tolerancia del «otro» y el diálogo, no grandes declaraciones de principios.

La agudización de las tensiones sin resolver y los altos niveles de rechazo de personas junto a las cuales viven los europeos constituye un desafío a los ideales de cohesión social y de estrecha comunidad que forman parte habitual de nuestros valores y nuestro discurso político. Efectivamente, la vinculación de la inmigración a los problemas raciales, étnicos y religiosos despierta muchos de los viejos demonios del pasado de Europa, que, como varios historiadores han señalado, eran habituales en muchas culturas europeas, pero hoy día son firmemente rechazados por la UE.

Observaciones finales

Cualquier ejercicio de este tipo tiene forzosamente que insistir en los «problemas», pues carecería de toda credibilidad si los evitara. Las sociedades europeas se enfrentan a importantes desafíos sociales. La economía del conocimiento puede parecer amenazadora para los que tienen bajas cualificaciones y escasas aspiraciones de instrucción. El desempleo y la inactividad siguen arruinando las vidas de demasiadas personas, al igual que los problemas sin resolver de la pobreza generalizada. Las desventajas generacionales pueden enraizarse aún más y la movilidad social puede volverse más problemática. Las consecuencias sociales de las percepciones personales del fracaso en nuestras sociedades no igualitarias pueden causar nuevas tensiones y nuevos problemas en términos de disfuncionalidad familiar, delincuencia y comportamiento antisocial, enfermedades mentales y nuevas enfermedades vinculadas a la opulencia. Los vínculos de solidaridad que subyacen en el modelo social europeo pueden estar disgregándose, particularmente como consecuencia de la dependencia de la asistencia social y de los problemas relativos a la integración de las comunidades minoritarias en nuestras sociedades.

Dicho esto, hay muchos motivos para ser optimistas. La satisfacción personal y la felicidad son mayores en Europa que en cualquier otra parte del mundo. La esperanza de vida ha aumentado y podría aumentar mucho más, al



igual que la posibilidad de gozar de una vida más sana y más larga. Los empleos de la economía del conocimiento tienen mayor potencial para resultar satisfactorios. Las oportunidades educativas se están ampliando. Las mujeres son más independientes y controlan sus propias vidas. La diversidad tiene potencial para ser una gran fuente de fuerza creativa. La inmigración gestionada adecua-

damente puede ayudar a atender a las necesidades económicas y sociales de Europa.

Los europeos pueden confiar en un futuro lleno de nuevas oportunidades. La tarea de los responsables políticos en nuestros Estados miembros y a nivel de la UE es garantizar el máximo acceso posible a ellas.

Legislación
